

LA REVISTA BLANCA

SOCIOLOGÍA, CIENCIA Y ARTE

AÑO III.—NÚM. 37.

ADMINISTRACION:
SAN OPROPIO, 7.—MADRID

1.º de Enero 1900

SUMARIO

SOCIOLOGIA: *El antagonismo de los intereses*, por Anselmo Lorenzo.—*La anarquía: Su fin y sus medios*, por Juan Grave.—*Raza y delito*, por Napoleón Colajanni.
BIOGRAFIA: *Enrique Ferri*, por C. Bernaldo de Quirós.
CIENCIA Y ARTE: *Ciencia y Socialismo*, por el Doctor Boudin.—*El oro y el diamante*, por F. Salazar.—*Cuentos de amor*, por Federico Urales.
SECCION LIBRE: *La conversión de Recaredo*, por Donato Luben.—*El matrimonio*, por Soledad Gustavo.—*La propiedad*, por Ariete.—*El tiempo es oro*, por José López Montenegro.
TRIBUNA DEL OBRERO: *Educación é instrucción*, por Francisco Navés.—*Entre jaras y brezos*, por Aurelio Muñoz.—*¿De dónde proviene el crimen?*, por J. Clarós.

SOCIOLOGIA

EL ANTAGONISMO DE LOS INTERESES

Acostumbrados como estamos á ver suprimidas ó dificultadas, autoritariamente ó por deficiencia esencial de condiciones, las iniciativas individuales, y, por consecuencia, faltos de aquellas fuerzas colectivas de creación espontánea, necesarias para la realización de la vida social, caemos necesariamente en la conservación indefinida de todas las malas instituciones, hijas del error y del abuso, que ocupan el lugar de aquellas otras racionales y buenas que debieran existir y que nos darían la ansiada paz y felicidad.

Cuando no se puede ó no se sabe vivir bien, se vive como se puede, y se va tirando hasta dar de bruces en el abismo de la muerte.

Así, es un hecho probado por la estadística (véase Kropotkine, *La Conquista del Pan*), con aquella fuerza demostrativa que dan los números y la lógica más severa, que con los actuales medios de producir, en la agricultura sobre todo, primitivos y rutinarios por lo general, se produce mucho más que lo que se necesita, hasta el punto que tomando el número conocido de habitantes de las naciones de Europa y América que tiene regular estadística; calculando científicamente lo que el individuo necesita para vivir, y comparando estos datos con los que expresan la producción, resultan tres raciones de géneros agrícolas y similares y cinco de industriales por individuo. Eso sin contar que si se abandonasen las rutinas, y el trabajo se ejecutase con la aplicación de los procedimientos resultantes de los actuales conocimientos científicos y económicos, la producción aumentaría infinitamente más.

Contrasta horriblemente con semejante estado próspero de la producción, el pauperismo, la mortalidad y la disminución de los nacimientos, plagas sangrientas de esta sociedad, cuyo detalle espanta cuando en ellos fijamos la atención ó cuando alguna de sus manifestaciones se nos presenta como conflicto en el curso de nuestra existencia.

El hecho es así, concreto, preciso, brutal si se quiere:

—Cada individuo que amanece después de una noche de insomnio por el tormento material y moral de la miseria, y, hambriento y harapos, no sabe donde dirigirse en busca de la pitanza, tenga por seguro, contra la opinión de todos los maltusianos habidos y por haber, que en el banquete de la vida le corresponde un cubierto que representa cuatro veces más de lo que necesita para alimentarse, y en los almacenes abundan los efectos de necesidad, comodidad y de lujo en triple proporción con sus necesidades.

—En cambio, el que por el azar del nacimiento ó por el monopolio capitalista, en posesión de cuantiosas riquezas, se siente inclinado al fausto y á la soberbia, consume por sí solo en concubinas, servidumbre, animales, trenes, palacios, excursiones y orgías de todo género, más que lo que cuesta un ejército.

Ese monstruoso enlace de la abundancia con la escasez que tiene lugar en las relaciones humanas, constituye, para mengua de la humanidad, una excepción en la mecánica del universo. En la naturaleza, por una especie de ciega fatalidad, los efectos siguen á las causas, produciendo esa interrumpida relación y necesaria armonía que, convenientemente observada y estudiada, se revela al entendimiento bajo la forma de leyes naturales, que, fijas, invariables, forman el indestructible fundamento de las ciencias. Unicamente el hombre, que es el ser capaz de conocer y juzgar, puede también vegetar en la ignorancia, y poseyendo una voluntad para regir sus actos con arreglo á un patrón de justicia y de verdad, tiene la triste facultad de practicar la iniquidad y profesar el error.

Así es como de tantas maldades amontonadas por los siglos se ha hecho norma de derecho, y tal cúmulo de injusticias se ha cristalizado en la ley, siendo, por tanto, no ya lícito, sino obligatorio como un deber legal, en unos el lujo desenfrenado, la ociosidad permanente y el derroche sin límites, mientras otros tienen ración tasadísima, un trabajo abrumador y en perspectiva el más negro porvenir.

Y para que no pasen las anteriores afirmaciones como exageraciones radicales, ahí está lo que dijo recientemente el gobernador de Barcelona á los industriales de la capital catalana que se negaban al pago de la contribución: «Es preciso que piensen que en la distribución de los bienes producto del trabajo humano, los que hoy conculan las leyes del Estado son los favorecidos por el derecho escrito, y es problemático aún si este derecho es del todo conforme con la justicia.» «Esos capitales son amasados, no sólo por el trabajo, sino también por la cooperación social, cuyo producto casi en su totalidad les otorgan las leyes.»

Tanto como el hecho en sí, y quizá más aún, indigna la consideración de que absurdos tan irracionales sean justificados en nombre de una supuesta justicia infinita extraterrena, defendidos por los que sostienen una idea de justicia legal, ensalzada por los que sofistican el concepto de la economía, y apoyada además por una mal llamada filosofía, que se inspira en un pesimismo insultante para el género humano.

Ello es así, y excusado es lamentarlo: toda la fraseología sentimental de las víctimas, lo mismo que los anodinos remedios de los filántropos, carecen absolutamente de eficacia, como lo demuestra el fracaso en el concepto del bien y de la felicidad social de todas las teogonías, de todas las legislaciones, de todos los sistemas de gobierno, y no se adelantará nada en el concepto indicado mientras los intereses, guía suprema de las acciones de los hombres, sean antagónicos.

Por desgracia, ese antagonismo, conocido en el mundo desde que existen recuerdos

de los primeros tiempos de la humanidad y existente ya probablemente desde mucho antes que esos recuerdos pudieran ser transmitidos por la tradición, ha llegado hasta nuestros días vigoroso y fuerte, constituyendo, por decirlo así, el nervio de la Historia. Por él las razas y las naciones, odiándose á muerte, se han destruido mutuamente, viniendo luego las guerras civiles á poner digno complemento á la obra. El es causa de que haya quienes manden como señores y quienes obedezcan como esclavos; de que el hombre ponga precio á su conciencia y la mujer á su honor; de que el saber y el trabajo estén sujetos á la mal llamada ley de la oferta y la demanda; de que tenga propietario individual lo que es de todos, y de que los pobres vivan á la merced de los detentadores de la riqueza pública.

La clave de todo el mal social y de la esterilidad de todos los impulsos generosos que para conjurarle han surgido en el curso de las generaciones, se halla en ese maldito antagonismo que convierte á cada uno en enemigo de todos, fomenta el egoísmo feroz y extiende por el mundo la indiferencia, cuando no el odio, de una manera recíproca y universal.

Por eso puede afirmarse: ni la caridad de las religiones, ni la beneficencia de los sistemas filosóficos, dos nombres distintos de la misma pobre idea con que unas y otros, impotentes para el bien, quisieron saldar el déficit de injusticia existente en la sociedad, pudieron nada contra ese funesto antagonismo. Tan inútil resultó el evangelio con su hombre-dios y su premio y su castigo eternos, como la declaración de los derechos del hombre y del ciudadano con su fraseología filosófica, por lo que aterra considerar los ríos de sangre y de lágrimas que costaron para desvanecerse luego en escépticas desilusiones. Fuerte y vigoroso era el antagonismo antes de esas dos invenciones, y fuerte sigue hoy que ruedan por la pendiente de la decadencia.

Gracias al altruismo, consecuencia de la bondad inmanente y predominante entre los hombres, ha habido progreso y ha sido posible la fundación y la conservación de la sociedad.

Lo cual demuestra que la justicia y la felicidad, digan lo que quieran los dogmáticos del escepticismo, son obras puramente humanas, á nuestro alcance, fáciles de adquirir, no ofreciéndose otros obstáculos que los mismos forjados por la ignorancia, aprovechados por la astucia y sancionados por los poderes tiránicos y explotadores.

ANSELMO LORENZO.

LA ANARQUÍA

SU FIN Y SUS MEDIOS

II

Hay que desembarazar el terreno.

La anarquía debe realizarse.—El tiempo es un caso omiso en la realización de un ideal.—Luchar por un ideal es vivir dentro del mismo.—Falsas interpretaciones de la anarquía.—Persistencia de la ignorancia.—Necesidad de desembarazarse de las ideas recibidas.—Cómo debe entenderse la libertad.—Confusión inevitable.—Formación de la síntesis.—Bifurcación de la idea.—Diferencia de criterios.—Solidaridad impuesta.

La idea anarquista ha llegado á uno de esos puntos de la Historia en que los acontecimientos hacen cambiar las condiciones de la evolución.

Es indudable que ha ganado en amplitud; pero ¿no ha perdido en fuerza y en profundidad? Estamos demasiado cerca del movimiento para que podamos discernir con exactitud. Se necesita retroceder algunos años para poder juzgar libres de trabas.

Sea de ello lo que quiera, es lo cierto que actualmente se pide a la acción algo más que teoría y filosofía: se pretende saber de qué medios se valdría para preparar el paso de la sociedad actual a la sociedad de sus concepciones.

Y esto es tanto más verdadero cuanto que los propios anarquistas reconocen la necesidad de «hacer algo»; pero como aún no hemos conseguido desprendernos por completo de todos nuestros errores, muchos continúan agarrados a la política, de la que debemos huir como de la peste, y otros buscan remendar los viejos medios de lucha, tales como el sindicalismo, la cooperación, etc., sin que puedan acomodarlos a las exigencias de las nuevas ideas.

En uno de mis precedentes libros (1) he procurado demostrar la posibilidad del funcionamiento de una sociedad sin leyes ni amos, y declaré que no tenía la pretensión de trazar una forma definitiva del ideal anarquista, sino exponer en simple esquema lo que el tiempo, las circunstancias y los individuos se encargarían de desenvolver y modificar con arreglo al grado de las nuevas condiciones del medio.

Al pretender analizar aquí los diversos medios de táctica, tampoco pretendo prever todas las formas de la actividad anarquista. Las circunstancias, los acontecimientos y el cerebro del individuo determinarán lo que por ahora no puede definirse.

Así como he procurado demostrar que es posible una sociedad anarquista, así ahora me propongo convencer a mis lectores de que los individuos apasionados por un ideal pueden realizar este ideal siempre que sepan quererlo.

Claro está que para ello hago omisión del tiempo. Las ideas progresan siempre lentamente, y la vida humana es corta. Cuando digo el individuo, hago de él una abstracción. No sé cuál será la generación que entre en la tierra prometida. Todo depende de la suma de energías puesta en acción.

De lo que sí estoy seguro es de que cuando uno está convencido de una idea, procura realizarla, y de que ya está medio realizada para el individuo que emplea su fuerza y su inteligencia en hacerla triunfar. Aún cuando no la practique en toda su pureza, la acción del individuo puede hacerla triunfar por partes, siendo estas partes adquiridas las que ayudarán a adquirir las demás.

* * *

Pero antes de pasar a la discusión de mis preferencias sobre la táctica que es preciso emplear para el triunfo de la idea, hay que desembarazar el terreno del montón de errores que oscurecen el concepto formado por gran número de individuos, para los cuales la anarquía no es más que un caos de ideas mal equilibradas y desprovistas de todo fundamento.

Y esto es tanto más necesario cuanto que la burguesía, sintiéndose amenazada por un movimiento que ha llegado a ser poderoso hasta el punto de poner en peligro sus privilegios, presenta individuos que, disfrazados de anarquistas, llevan la teoría hasta el absurdo, con el único fin de desacreditarla. Y esto sin tener en cuenta los que de buena fe, por falta de equilibrio, creen ser más lógicos, siendo así que están en oposición con las ideas que pretenden defender.

Hay también los que se atribuyen la invención de teorías, con cuya creencia

(1) *La société future*, editada por Stock.

tienen lo suficiente para disparatar, so pretexto de discurrir con buena lógica. Con semejantes elementos bien se comprende que la prensa burguesa haya hallado ocasión favorable para pintar la idea anarquista con colores que nada la favorecen.

A pesar de que existe una literatura anarquista, pues son numerosos los periódicos, folletos y libros que procuran explicar lo que se entiende por anarquía, la mayoría de las gentes, como he dicho en el capítulo anterior, ignora lo que es anarquía.

Demasiado perezosos de espíritu para tomarse la molestia de estudiar una idea que abominan, prefieren atenerse á las afirmaciones que todas las mañanas publica el periódico de su devoción. Para ellos, una sociedad anarquista significa desorden, conflicto permanente, lucha continua entre individuos.

Según su criterio, el ideal anarquista es el retroceso á las hordas primitivas. Sin disciplina, sin el freno de la autoridad, los individuos no podrán hallar, en semejante estado, otra ocupación que la de comerse las narices unos á otros. Los fuertes emplearán su fuerza explotando y oprimiendo á los débiles.

—«Pensad, caballero; ¡ni sociedad!, ¡ni familia!, ¡ni nada! ¡Los anarquistas todo lo quieren suprimir! Si no son criminales, serán, cuando menos, unos locos, de los que la sociedad tiene obligación de deshacerse.»

Y como una sandez tiene siempre mayor acogida que una verdad, semejante opinión propágase, corre de boca en boca, sin que la multitud pueda desprenderse de ella, si no es á costa de grandes esfuerzos.

Si decís á esas gentes que la anarquía no es lo que ellas piensan, que es una teoría—discutible como todas las teorías—, pero que tiene sus hechos, sus argumentos, su filosofía, y que en la actualidad existe una literatura extensísima, destinada á explicar lo que quieren los anarquistas, os contestarán que no pueden perder su tiempo ni tienen necesidad de leer las elucubraciones de unos cuantos locos para saber, mejor que vos, que la anarquía no tiene pies ni cabeza y que sus teorías no pueden ser aceptadas por personas sensatas.

Si con resignación os proponéis desarrollar ciertos extremos del ideal ácrata, contestarán:

«¿La iniciativa del individuo? ¿Su libre desenvolvimiento? ¿Su autonomía? ¿Es eso la anarquía? Pues eso nada tiene de nuevo. Hace mucho tiempo que existe en América. Os equivocáis, caballero; eso no es anarquía.»

Tal es el criterio de los que, no habiendo leído sobre anarquía más que lo que de ella opinan sus adversarios, pretenden conocerla, combatirla y aniquilarla, por medio de leyes, entiéndase bien; no con argumentos. Pero las leyes, podrán aprisionar los cuerpos, nunca el pensamiento, y por eso quedan sin efecto, mientras la anarquía sigue fermentando en los cerebros.

Si entre los que así razonan no hubiese más que los lectores imbéciles del *Petit Journal* ó de sus similares, los cuales no saben formarse opinión distinta á la que hallan confeccionada en el papel que suelen leer, nada tendría de particular aun cuando constituyeran una mayoría, porque sabido es que la opinión de semejantes gentes no quita ni pone en los días de revolución, porque siempre se dejan arrastrar por los elementos más activos. Lo peor es que una multitud de individuos que pasan por inteligentes, hablen y escriban sobre anarquía y sociología con el mismo criterio que preside á los razonamientos del lector del *Petit Journal*.



Es más fácil adoptar una opinión corriente, hablar á diestro y siniestro, que estudiar el asunto que se pretende discutir en sus múltiples fases, á fin de poder tratarle con conocimiento de causa.

Hay tan pocas personas que se toman la molestia de aprender seriamente, que no nos admira ver aceptadas como verdades inconcusas un montón de sandeces que cinco minutos de reflexión bastarían para hacerlas desechar.

Si los individuos quieren librarse de sus amos políticos y económicos, es necesario, ante todo, que se desembaracen de su crasa ignorancia, de las opiniones recibidas y de los prejuicios absurdos acumulados en su cerebro durante siglos de opresión y obscurantismo. Sólo después que hayan roto las trabas ficticias de tantas preocupaciones, después que se hayan emancipado intelectualmente, podrán romper las trabas materiales que á su libertad oponen aquellos que los tienen bajo su férula.

Tal es el primer trabajo que la anarquía impone á los que la han concebido. Y esto no se hace en un día. Sólo gradual y muy lentamente se abandonan los errores adquiridos. Cada error ahogado, cada prejuicio destruido, nos enseña los medios de destruir los demás.

Al comenzar he dicho que no tenía la pretensión de haber reunido aquí todos los medios que se ofrecen á la actividad anarquista, así como tampoco pretendo hacer un dogma de la anarquía. En anarquismo, cada cual piensa y obra como mejor lo entiende.

Únicamente creo que hay medios en contradicción con la idea anarquista.

Cada uno es libre de pensar y obrar como mejor le parece, es cierto; pero no basta pegar una etiqueta anarquista á un acto burgués para que dicho acto se transforme súbitamente en un acto anárquico.

He ahí por lo que, al lado de los medios de táctica que suscita la idea anarquista, haré la crítica de los medios que nos proponen algunos individuos que se dicen anarquistas, así como la de los propuestos por los charlatanes de la política, so pretexto, unos y otros, de que han de ayudarnos á realizar de modo más práctico el ideal que perseguimos.

* * *

Bien que los progresos de las ideas anarquistas hayan sido enormes, ó atendiendo á los pocos medios de que dispone y á su relativa juventud, es todavía muy pequeño su desarrollo. Y si aún no ha encontrado la corriente de simpatía que suele atraer á las masas hacia las ideas nuevas; si el cerebro del obrero—que es el primer interesado en desear la transformación social—ha permanecido hasta ahora refractario á su concepción, la causa principal está, indudablemente, en las leyes naturales, que hacen que los cerebros no se penetren sino lentamente de toda idea que pugna con los prejuicios recibidos, con todo aquello que conservamos de nuestra falsa educación. Hay que confesar, además, que la propaganda anarquista hasta ahora ha carecido de táctica, de espíritu de prosecución y de coordinación.

Por lo demás, esto era inevitable, puesto que sólo poco á poco aprenden los individuos á poner sus actos de acuerdo con su manera de pensar; sólo á la vista de las faltas cometidas conocemos los errores contra los cuales no hemos sabido preveniros.

Si ha habido confusión en las ideas es porque idea tan grande no puede brotar espontáneamente y en toda su amplitud de ningún cerebro. Simple inspiración, vaga

y mal definida en sus comienzos, precisa pasar por la crítica de diferentes cerebros para que adquiera todo su desarrollo.

Muy pocos individuos pueden comprender una idea al concebirla, y menos sacar todas las deducciones que de ella se desprenden.

En el dominio social, por ejemplo, comienzan unos por discutir la apropiación individual, otros quieren derribar las autoridades, no en su conjunto, sino en parte, aquellas que se les han mostrado más arbitrarias, más repulsivas.

Cada cual dirige sus golpes contra las partes del organismo social que le parecen más opresivas, sin que los remedios que proponen unos y otros dé más resultado que el de trasladar el mal sin curarlo; otros vienen en seguida que aprovechan la obra hecha para formular sus críticas, mirando las cosas sobre un campo más amplio.

Sólo después de una labor evolutiva y prolongada se puede llegar á la coordinación de todas estas críticas, comparándolas entre sí, y formar su síntesis y más tarde sacar de ella una visión de lo que será el porvenir. Sólo más tarde también, al juzgar las cosas en su conjunto, con más acierto, se verifica, aunque estrechamente, la adaptación á las ideas formadas sobre el futuro y la línea de conducta que es preciso seguir para realizarlas.

Viene entonces la lucha diaria que se entabla contra el orden de cosas existente: el futuro procura desprenderse del presente; es la lucha de lo que quiere nacer contra las instituciones decrépitas que quieren perpetuarse. Es la revolución.

JUAN GRAVE.

(Traducción de M. Ferreira.)

RAZA Y DELITO

Muy pocos problemas han agitado tanto el pensamiento de este fin de siglo como el de las razas humanas, y nunca, quizás, hase visto tanta diversidad de opiniones, tendencias y teorías, disputarse el triunfo. En el campo de la criminalología no ha sido menor la divergencia de pareceres, y, después de un largo trabajo de integración y modificación de las primitivas doctrinas de la escuela positiva italiana, no ha sido posible aún establecer un criterio uniforme que sirva de base á la determinación de la influencia de la raza sobre el delito.

Desde que visité la república Argentina y el Uruguay—en 1871—, no vacilé un instante, al comprobar la inferioridad de aquellas repúblicas hispano-americanas respecto de la república norteamericana, en creer que ni la *raza* ni el *clima* eran las causas determinantes de las condiciones poco florecientes en que las primeras vivían. Y hoy, contemplando el imperialismo y la corrupción que señalan la degeneración de los Estados Unidos, podría, con regocijo, alegar como prueba de la exactitud de mi vieja convicción, esa misma decadencia que me aflige como hombre y como socialista.

Iguals criterios sostuve en mi *Sociología Criminal* (Tomo II) respecto de la influencia del factor étnico sobre el génesis de la criminalidad, convencido de que se le ha exagerado desmesuradamente por parte de algunos espíritus unilaterales de la tendencia antropológica de la criminalología.

Trataré de sintetizar el concepto que he formado después de una constante y sincera labor en el terreno de la etnología y la antropología, que considero la buena doc

trina, y que ha sido sostenida por mí desde las primeras producciones en el campo vasto y fecundo de la sociología criminal.

Para la clara comprensión del génesis del delito, la cuestión de la raza íntegra, y en cierto modo, complementa la herencia. La acción de la raza sobre el delito puede ser afirmada *a priori*, pues es la acción misma de la herencia fijada, vigorizada y ampliada por las condiciones comunes de existencia en el ambiente físico y social, en conformidad con las mismas nociones enseñadas por Waitz y Ribot.

Agitada la cuestión de las razas, se ha dado en hablar de razas superiores é inferiores, con imperdonable ligereza; suele olvidarse que ante un criterio rigurosamente científico no está aún definido el concepto de raza, como tampoco el de especie; la «variedad» y la «variabilidad» atraviesan por una fase indeterminada.

El origen de las razas actuales, las influencias que las han originado, sus emigraciones, etc., son problemas que esperan una solución satisfactoria; y mientras ésta no llegue, es imposible apreciar científicamente la parte de influencia real que corresponde al ambiente sobre el hombre y la que corresponde á la raza.

La única cuestión á la que ya puede darse una solución afirmativa, y que impone nuevas reservas antes de imputar á la influencia compleja de las razas el grado de evolución alcanzado por tal ó cual agregado superorgánico, es la cuestión de la pureza. Y en esto la antropología afirma que no existen, sino por excepciones minúsculas, razas puras, ó sea grupos humanos que presenten caracteres principales enteramente homogéneos; de allí que pudiera decir Topinard que la raza pura es un mito, tanto entre las tribus salvajes como entre las naciones civilizadas; la raza es una concepción del espíritu y no una realidad tangible, en las condiciones presentes y en todas las que nos son conocidas hasta los tiempos prehistóricos. Doquier han ocurrido convulsiones en las épocas históricas, la pureza de la raza se ha perdido, quedando solamente los productos de cruzamientos repetidos, de sobreposiciones. Por manera que tiene más razón Gerdy negando absolutamente la existencia de razas puras, que sus adversarios al presentar algunos resto fragmentarios.

En suma, la solución del problema se facilita concretándolo á averiguar si, dada la no existencia de razas puras especialmente entre los países civilizados, los pueblos que en ellos habitan han progresado intelectual y moralmente. En la afirmativa, es innegable que los cruzamientos han resultado benéficos; de manera que puede aceptarse el juicio de Roth, esto es: ninguna región ha alcanzado alta cultura sin que en ella se produjeran entrecruzamientos étnicos. Cuanto más ha progresado un pueblo, tanto más complicado es su origen, criterio que también han desarrollado, con acopio de hechos y argumentos, Gumplowicz y Carlo Cattaneo.

Determinado así, de una manera rápida y concreta, el concepto de la raza, conviene investigar el problema de los rasgos morales é intelectuales que caracterizan á las diversas razas.

Un análisis detenido—que ya he realizado en mi *Sociología Criminal*—de la moralidad de las diversas razas en los diversos momentos históricos, evidencia que no hay un índice moral fijo para cada raza; por el contrario, una misma raza al emigrar, cambiando de ambiente, se modifica de tal manera, que llega á veces á revestirse de caracteres morales antagónicos á los que tuviera anteriormente.

Este concepto moral de las razas se integra con el examen de su intelectualidad, y constituye la única clave científica para discutir el problema de la superioridad ó inferioridad étnica. Ilustres pensadores han negado claramente la influencia de la raza

sobre la intelectualidad de los pueblos: Humboldt la negó redondamente y Büchle insistió en esta idea, apoyándose en la autoridad de G. Mill y Alison; en igual sentido han escrito Messedaglia y Waitz. En cambio Klemm y Watke consideran que la sola raza ariana es capaz de un desarrollo superior, al mismo tiempo que Agassiz y Morton afirman que las razas «superiores» están destinadas á desalojar á las «inferiores»; Gobineau ve el eje de la historia donde existe un núcleo mayor y más puro de raza blanca, opinión que es compartida por Hellwald; pero que Gumpłowics considera exagerada; Sergi y Baucroft creen en la irremediable inferioridad de algunas razas, y Lapouge lleva esa idea hasta sus últimos extremos.

Estos criterios, que no deben extrañar si se medita que el mismo Renan, el apolo-gista poético del Nazanero, ha afirmado que la raza semita es una raza inferior, han servido á algunos de la escuela de antropología criminal para afirmar la gran influencia de la raza sobre el delito, afirmada primero por Lombroso y remachada luego por Garófalo. Afirmación á que se atribuye tanta más importancia cuanto que ella sirve para argumentar en pro de la criminalidad de un hombre de una «raza superior» cuando en él se encuentran uno ó más caracteres de los pertenecientes á una «raza inferior». Así, guiados por semejantes presuposiciones científicas, llegan Lapouge y Garófalo á idénticas conclusiones: el primero al exterminio de las «razas inferiores», para facilitar la selección de la raza ariana, y el segundo al exterminio de los delincuentes, para obtener una idéntica selección progresiva en beneficio de otra clase de gran raza compuesta, la raza de los honestos.

Como se ve, los pareceres están en desacuerdo respecto de la cuestión de la superioridad de las razas, especialmente desde el punto de vista intelectual.

He visto con placer confirmada por el profesor Sergi, una vieja observación mía la que prueba que la forma del cráneo, la parte esencial que caracteriza la raza, no varía en los tiempos históricos y tan sólo se modifica muy ligeramente á causa de los cruzamientos. Lombroso, invocando las doctrinas de Sergi en favor de la influencia de la raza, cae en una notable contradicción al aplicarla á la inferioridad de las razas meridionales de Italia, mediterráneas; el mismo Sergi ha hecho la apología de los mediterráneos, á los que pertenecían los romanos, y de su espléndida civilización. Sergi, para explicar el gran parecido entre la historia de Roma y la de Inglaterra moderna, no encuentra nada más oportuno que admitir la comunidad de origen étnico de los pueblos romano é inglés: ambos pertenecían á aquellos mediterráneos, que en el Mediodía de Italia, en Sicilia y Cerdeña, conservarían más notablemente los caracteres de su propia raza. Aunque la atrevida hipótesis de Sergi espera ser comprobada, queda de pie este hecho real que la ha sugerido: la gran semejanza entre Roma é Inglaterra. Ahora se presenta este dilema: ó realmente los hombres que vivieron en la Roma antigua y en la Inglaterra contemporánea pertenecen á una misma raza, y entonces es absurdo proclamar como raza inferior á los mediterráneos que viven en la Italia meridional y que pertenecen á la misma raza de Inglaterra que es considerada como «superior», ó bien los ingleses y los romanos, contra la hipótesis de Sergi, pertenecen á dos razas diversas, y queda luminosamente demostrado que la diversidad de la raza no constituye un obstáculo para alcanzar la civilización que se ha alcanzado. Este dilema no tiene escape.

Y no es superfluo hacer constar que la distribución de la inteligencia entre las diversas razas, tal como hasta ahora la han hecho los autores, es puramente fantástica, de la misma manera que es calumniosa la repartición de la moralidad.

La vigorosa contribución de las estadísticas del delito, cada día mejor llevadas en toda la Europa civilizada, ilumina el problema de la influencia de la raza de una manera casi concluyente.

Pueblos pertenecientes á una misma raza presentan en un momento histórico dadas condiciones de moralidad é intelectualidad absolutamente diversas; y pueblos pertenecientes á razas distintas presentan condiciones semejantes. Esta verdad, de innegable y capital importancia, he podido fundamentarla estudiando los hechos en todas partes, bajo todos los climas y entre todas las razas, lo que obliga á presumir que esa demostración tiene un carácter de generalidad, que da fuerza á las inducciones finales.

Por otra parte, la raza es evidentemente modificable. Admitida la teoría darwiniana es imposible aceptar, como cosa fija é inmutable, el concepto de raza. Se le podría admitir en ese sentido, mediante el neodarwinismo de Weissmann; pero éste no resiste los embates de la crítica—vigorosos golpes le asestó el mismo Lombroso en el *Forum*, de New-York—, y su mismo autor comienza á arriar pabellones.

La Historia nos da grandes ejemplos de la modificación del carácter de una misma raza á través del tiempo y del espacio; fenómeno perfectamente comprobable, á pesar del incesante entrecruzamiento étnico que se produce como una ósmosis y endósmosis entre los diversos grandes grupos componentes de la especie humana.

A todo libre espíritu científico los hechos se imponen, á menos de existir una convicción apriorista. Ninguno, entre los sociólogos ó entre los sostenedores de la escuela penal positiva, intenta desconocer las inducciones derivadas de las diferencias sufridas por el carácter moral de las razas; pero algunos tratan de atenuar su alcance y significación en cuanto se relaciona el hecho con el desarrollo de la civilización, en general, ó con los fenómenos de la delincuencia, en particular.

Garófalo, después de haber aludido claramente á la «inmutabilidad» de las influencias étnicas (en su *Criminalogía*), ha debido reconocer que el carácter moral de la raza se modifica; y para admitir eso último, cree necesario agregar que esas modificaciones no se operan sino después de largos períodos de tiempo, afirmación desmentida por numerosos fenómenos históricos.

Todo induce á creer que la distinción entre razas superiores é inferiores es, por lo menos, muy relativa. Los juicios de esa naturaleza emitidos al respecto de cualquier grupo humano, corren riesgo de ser desmentidos de un momento á otro; y los enunciados con el propósito de establecer la inferioridad de algunas razas, desde el punto de vista psíquico y moral, derivan de un insuficiente análisis histórico filosófico. En los fenómenos históricos reside la superioridad ó inferioridad de la raza, y es absolutamente relativa en el tiempo y en el espacio. La inferioridad no puede referirse más que al momento histórico presente; no puede ser absoluta hasta que no se haya cerrado el ciclo fenoménico, hasta que no se termine la evolución.

Al cruzamiento se debe, acaso, el precoz desarrollo de aquellas civilizaciones que dejaron tantos espléndidos monumentos de su grandeza, que han resistido á las injurias de los siglos y de los hombres. El ambiente físico se prestó probablemente á proporcionar tan numerosos contactos, indispensables como reactivos químicos para determinar la evolución social y el nacimiento de las grandes civilizaciones, que Gabriel Rosa no considera posible sino sobre el suelo en que se cimentan varios elementos y se producen los mayores roces sociales. Roces y contactos que, cuanto más numerosos, tanto más fácilmente producen la variedad en consonancia con las leyes

de la herencia; modificaciones que son idénticas á las que se producen en las razas, tanto por sus modalidades como por sus resultados.

En cambio, son mínimas las variaciones y la influencia de la raza es notable, manteniendo un ambiente psíquico uniforme, cuando un agregado social cualquiera se mantiene en estado de aislamiento, por causas de orden histórico ó geográfico. En estos casos, el carácter de las razas se imprime más profundamente en los individuos, á causa de la larga serie de generaciones que han resentido exclusivamente la influencia de la herencia; por la acción concomitante de las condiciones físicas y sociales idénticas que lo determinaron en un principio y luego lo vigorizan; y por la acción innegable del mimetismo, que lleva á los hombres á la recíproca imitación y á una intensificación de los caracteres comunes en razón directa de la comunidad de tendencias que los empuja á la unidad de sentimiento y de acción.

Con la teoría á que dan lugar algunas de las razas del sumo privilegio de las funciones intelectivas, morales y volitivas, la Historia permanece inexplicable; como ya lo observó Mougéolle; porque la Historia presenta ante nuestras retinas, como en un kaleidoscopio, transformaciones y pasajes, rápidos ó lentos, de la civilización de un pueblo á otro, de una raza á otra. Y bien podría aquí recordarse el fenómeno indiscutible de la generación de las aristocracias.

Sin embargo, sea lo que fuere, de la uniformidad de manifestaciones psíquicas y de la homología de instituciones, lo mismo que de las diferencias demostradas y para demostrar entre las diversas razas humanas, queda cada día más claro que la creencia en la constitución de una «humanidad» que unifique los elementos mejores de todas las razas humanas, no es un sueño de cerebros enfermos ni aspiración de filántropos sentimentales. Esta es la tendencia á internacionalizar todas las instituciones y á borrar las diferencias psíquicas entre los diversos grupos sociales, diferencias que aumentan á medida que se remonta á través de los siglos y que se atenúan por cruces ó por asilimación recíproca de los productos morales é intelectuales, de tal manera que en un porvenir, sin duda no determinable ni próximo, pero menos remoto de lo que pudiera imaginarse, la civilización sobre nuestro planeta tendrá su centro en todas partes, como dice Eliseo Reclus, y su periferia en ninguna.

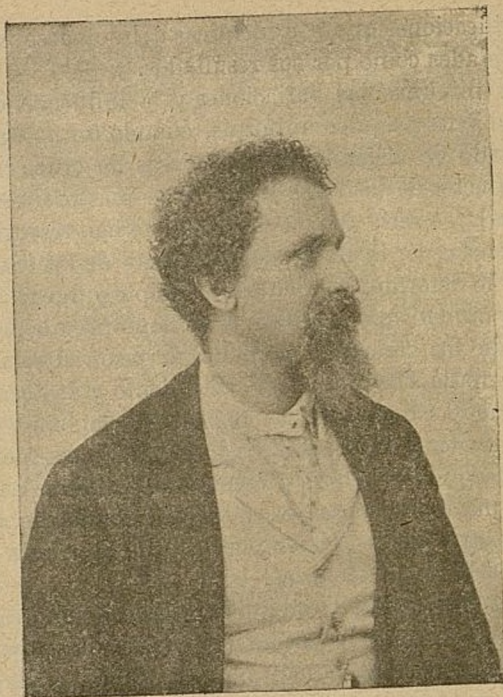
Y, en la peor de las hipótesis, debe reconocerse que de la «diversidad» de las razas se marcha hacia su «unidad», el impulso poderoso y siempre creciente de los *factores históricos y sociales*. Influencia que aumenta á medida que disminuye la acción de la fuerza y prevalece la de la razón.

Contra la influencia de la raza que representa la fuerza conservadora de la herencia, surge formidable la acción de los factores propios del ambiente histórico-social que profundamente la modifican, determinando sus modificaciones y asimilaciones.

Y en todos los ámbitos del planeta, en los períodos históricos como en los prehistóricos, doquier la especie humana ha vivido en sociedad, ha pesado sobre las razas una gran fuerza niveladora, que ha tendido á imprimirles una uniforme modalidad psíquica: los factores histórico-sociales.

NAPOLÉON COLAJANNI.





Enrique Ferri

Enrique Ferri nació en San Benedetto di Pó, lugar de la provincia de Mantua, en el antiguo reino de Lombardía, el 25 de Febrero de 1856.

Oyó en el Liceo de Mantua las lecciones de Filosofía, de Roberto Ardigó, y en la Universidad de Bolonia, las de Derecho penal, de Pedro Ellero. En 1877 se graduó de abogado en la misma Universidad, y al siguiente año, previo público concurso, fué enviado á la de Pisa, para perfeccionar sus estudios cerca del gran penalista, última gloria de los clásicos, Francisco Carrara. En 1879 marchaba á París con el mismo objeto, y en 1880 aparece como maestro libre de Derecho penal en Turín, y, á la vez, asistiendo de estudiante á los cursos de Antropología criminal, que, casi furtivamente, comenzaba á profesar César Lombroso.

Como todos saben, hoy la Antropología criminal es, si no una creación (baste recordar los nombres de Morel y Despine, primero; luego los de Maudsley y Benedikt, sólo en nuestro siglo), una construcción, cuando menos, de aquel sabio. La ciencia acababa de nacer; pues sólo cuatro años habían pasado de la aparición del libro que tituló *El hombre delincuente* (Milán, 1876), y es la señal visible de aquel acontecimiento. El ambiente estaba dispuesto propiciamente para recibirla; mas es probable que de no encontrar desde su primer momento á Enrique Ferri, la ciencia nueva se hubiera frustrado y detenido hasta que, con distinto nombre, hallara otro hombre de iguales condiciones, de tan natural y feliz disposición para recibir y luchar por las ideas nuevas, de asimilación tan rápida, intuición tan lúcida y las dotes, privilegiadas en la polémica, de infundir fe con el ejemplo de las propias convicciones, rendir con las armas de la lógica y fascinar con las mágicas artes de su palabra, oral y escrita.

Discípulo, pues, del profesor Lombroso, los descubrimientos de é te proporciona-

ron bien pronto á Enrique Ferri el punto de vista para escribir *Los nuevos horizontes del Derecho penal*.

¡Y nuovi orizzonti! ¿Quién no ha leído ó tiene escuchado algo de este libro que, por su noble sentimentalismo, por su entonación valiente y por el declarado propósito de reforma integral del Derecho penal, á fines de nuestro siglo viene á ser el libro homólogo al que en los últimos años del pasado publicaba César Beccaria?

Aplicación de la filosofía positiva á las cuestiones del crimen y la pena, tratadas hasta entonces abstracta y amaneradamente, las principales teorías, hoy cristalizadas, después de años de labor, si escasos bien aprovechados, encuéntranse en él más ó menos desarrolladas. Allí está la doctrina de los factores del delito, clave de las modernas teorías de la criminalidad; allí también la clasificación de los delincuentes más aceptada; el primer bosquejo psicológico de la delincuencia de las muchedumbres, que un discípulo suyo—Escipión Sighele, «en quien realmente ve transfundirse y reverdecer su propio pensamiento científico»—ha perfilado y dado el claro obscuro; la evolución de la criminalidad, marchando desde las formas musculares á las intelectuales, como todas las manifestaciones de la lucha por la vida; la esencia del delito buscada en la motivación antisocial de las acciones que vulneran las condiciones de existencia de cada tipo social determinado; la función penal fundada en el concepto del cuerpo social que se defiende, pero inteligente y humanamente, por donde surge la teoría de los «sustitutivos penales»; y más, y más, formando todo ello un completo organismo de ciencia, bien pronto adaptado al medio, tanto, que parece ser el vencedor y elegido en la concurrencia vital de las nuevas teorías.

A partir de este momento, la fama y reputación de Enrique Ferri se hizo europea. Verdadero «apóstol de las gentes» en la nueva Criminología, su figura aparece en primer término, de tal suerte, que «escuela de Ferri» se ha llamado durante algún tiempo en algunos países, en nuestra misma España, por ejemplo, á la escuela, después dicha «italiana» por la nación, «de Antropología Criminal» por la disección y el contenido.

Luego vienen, en sucesión ininterrumpida, para el público en general, conferencias como *La escuela criminal positiva*, *Trabajo y celdas de los condenados*, y los *Delincuentes en el arte*, pronunciadas y repetidas en capitales y ciudades de segundo orden, como en verdadero viaje triunfante de propaganda científica; para los juristas de mañana su enseñanza: primero en Bolonia, de donde había él salido y en donde le dejó por sucesor su antiguo maestro Pedro Ellero; luego en Siena; más tarde en Pisa, donde también sucede al venerable Carrara, cuyo nombre, como discípulo leal y reconocido, siempre escribe con respeto; últimamente, habiéndosele quitado la cátedra por su protesta de adhesión al socialismo, como *libero docente* en Roma y en la nueva Universidad de Bruselas—para los científicos libros como *La Sociología Criminal*, *El Homicidio en la Antropología Criminal*, *El Homicidio-suicidio*, *La teoría de la imputabilidad*, *Socialismo y criminalidad*...—; para todos, los artículos que ha esparcido en las principales publicaciones de Europa y especialmente en el *Archivo de Psiquiatría* del maestro Lombroso y en *La Escuela Positiva*, que fundó y dirige. Y agréguense todavía el estudio de laboratorio; la vida en cárceles y presidios, observando y experimentando centurias enteras de criminales; la dura pelea, no libre de graves contrariedades y disgustos, que ha sido preciso sostener en Italia contra odios misoneístas y mentiras convencionales más que contra opiniones de buena fe; y repetir con extranjeros venidos de todas partes en los Congresos internacionales de Roma, París y Ginebra; la defen-

sa de las causas nobles ante los tribunales, con cuya ocasión ha pronunciado informes y discursos, últimamente reunidos en un tomo de que, acaso, probablemente, no se han provisto, ni se proveerán, Fulano y Mengano, la flor de nuestros criminalistas prácticos, *voceros* que siguen con las mañas y las artes los gustos y la ciencia de tiempos de nuestro buen rey Alfonso el Décimo...

¿Que qué dicen, en sustancia, tantos libros y estudios, tanta literatura hablada y escrita de nuestro sabio?

En su brillante curso de Sociología Criminal, en la Nueva Universidad de Bruselas, ha vertido la quinta esencia, fresca y penetrante, de su experiencia y ciencia de criminalista. Luego ha dado en breve opúsculo (*La justicia penal; su evolución, sus defectos, su porvenir*. Bruselas, 1898), un extracto de sus lecciones; notas sin redacción, de forma esquemática, á las que es imposible restar una sola palabra. Acuda el lector á ellas.

La conclusión dice así, retratando vida y trabajos de Enrique Ferri: «Habiendo hecho alguna luz sobre la evolución pasada, los defectos presentes y la evolución del porvenir de la justicia penal, contribuimos á la realización, cada vez más acelerada, de un ideal de justicia social, en cuya persecución debe siempre añadirse, á la frialdad de la investigación científica, el entusiasmo de la fe humana, las dos fuerzas que constituyen el poder y el título de honor de nuestra Nueva Universidad.»

En Ferri predomina más la segunda. Pero siempre ha trabajado con cabeza y corazón; con toda el alma.

Pero Enrique Ferri no ha limitado su actividad á la «cuestión de los delincuentes». Tanto como ésta le interesa la «cuestión de los honrados»; la cuestión de la muchedumbre, del pueblo «macilento, mal alimentado, sucio, grosero y pervertido; pero sencillo, laborioso, altruista, sin conciencia de ello y humano y bueno, apenas un rayo de luz descendiende á los antros lóbregos ó á las cavernas fangosas en que se amontona el hormiguero humano y donde se corrompen todas las fibras de cuerpo y alma en el adulto, se envenena toda fuente de la santa maternidad en la mujer y al niño se le roba el menor destello de alegría infantil; envilecidos todos, olvidados, abandonados, clavados—turba anónima—á la sangrienta cruz del trabajo secular de los ilotas».

Así puede explicarse su adhesión al socialismo, alguna de cuyas afirmaciones en Criminalología—cuando, por ejemplo, después del bienestar económico proclama, bajo su régimen, la honradez para todos—combatiera antes en libros, artículos y en polémicas.

Pero la exposición que Turati y Prampolini venían haciendo en torno de él; el estudio de las obras de Carlos Marx; las de Loria, en fin, «preñadas de teorías marxistas y fecundadas por un torrente maravilloso de erudición científica», apresuraron en esta dirección el desarrollo de su pensamiento, haciéndole traspasar—como él dice—«el límite estéril de la Sociología». Dió, pues, público testimonio de sus ideales socialistas en conferencia celebrada en Milán, el día de la «Fiesta del trabajo» de 1894 (*Socialismo y ciencia positiva*), y darwiniano y spenceriano convencido, creyóse en el deber, para tranquilizar su ciencia á su conciencia, de probar que el socialismo es la ciencia positiva aplicada á las necesidades de la Humanidad.

Así y todo, ha valido al que profesa ideas tan generosas—entre otras menudas persecuciones—el despojo de su cátedra de Pisa y la amenaza del *domicilio coatto* «una especie de destierro administrativo ruso».

C. BERNALDO DE QUIRÓS

CIENCIA Y ARTE

CIENCIA Y SOCIALISMO

Paréceme haber tratado en otros artículos de los caracteres que la decadencia imprime en las manifestaciones de la inteligencia humana y en arte particularmente. Este, en los períodos de decadencia, se torna melancólico, escéptico, enfermizo; pierde los distintivos de sexo y descuida los grandes objetivos de fondos por las nimiedades de forma. Una frase, un color, unas líneas valen más, para el decadente, que un pensamiento, por grande que sea, que un ideal, por justo que se presente en la evolución humana. Por eso dicen los estetas, que el ideal del arte es el arte.

No vamos á discutirlo desde el punto de vista técnico, sino desde el punto de vista fisiológico.

La manifestación de un proceso artístico implica un anterior proceso fisiológico; un individuo decadente en arte, supone una familia decadente fisiológicamente considerada, y el predominio del decadentismo denota el predominio de generaciones degeneradas. Pero así como puede existir un hombre débil en medio de humanidades fuertes, puede existir, también, un artista decadente en medio de un arte, rico en salud y en ideales, y de esta manera es como podemos ver á Ibsen, Hauptmann y á Mirbeau entre esta caterva de artistas muertos que monopolizan el arte, porque, como producto de una generación decadente, encuentran en el público un ambiente moral é intelectual apropiado á sus facultades.

La degeneración orgánica se manifiesta en ciertas fases históricas de una familia, tanto como en ciertas fases históricas de una humanidad, siempre que las causas del agotamiento físico ó intelectual se produzcan en varias generaciones y en varios puntos á la vez: revoluciones, luchas intelectuales, guerras, epidemias y trastornos que les siguen, excesos físicos, recargo colectivo, el trabajo en condiciones insolubles, etcétera. Este estado de la *materia humana* motiva la decadencia. ¿Y qué causas promueven aquel estado de la *materia humana*?

La Naturaleza no puede promover la creación de un organismo decadente, porque, para lograrlo, había de generar al esquimal en el Ecuador ó al habitante de la zona tórrida en la glacial, así como de germinar vidas en la Senegambia, naranjos en la isla del Labrador, ó bien por medio de artificios ó de contravenirse así misma, hacer producir á los seres organizados más de lo que pudieran, y esto no lo ha hecho ni lo puede hacer la Naturaleza.

Llegamos al mismo resultado, al resultado de siempre, al de que la sociedad con su base de explotación del hombre por el hombre es la causa de que éste haga trabajar más de lo debido á los seres inferiores que le rodean, á que él mismo trabaje más de lo que pueda, á que opere en parajes insanos y á que los habitantes de una zona

se trasladen á otra subterránea ó superficial, en busca de medios de subsistencia y de existencia en perjuicio de su salud, y, por consiguiente, de sus facultades creadoras ó reproductoras.

Cualquiera alteración en la salud, implica perversión de la materia, debilidad orgánica. En el hombre, como en todos los seres organizados, hay diferentes grados de potencia vital. Según esté su organismo, así sienten la vida. Un individuo enfermo, como una generación enferma, ve, oye y toca las cosas con menos exactitud que un hombre sano, ó que una generación sana, y al apreciar lo que le rodea con menos exactitud, lo siente también con menos intensidad. Si una cañería de gas tiene escape, el fluido llega al mechero con menos potencia, y por lo tanto, apenas ilumina. Si una corriente eléctrica tiene contactos, la corriente se debilita y pierde su fuerza. Asimismo el organismo humano que tiene desperfectos, desvíos vitales, obra de modo muy defectuoso y siente la vida débilmente. No hay duda que las presentes generaciones dejan mucho que desear en cuanto á bondad material, que es, á mi entender, la base de todas las bondades. Y como ya hemos explicado las causas sociales de estos desarreglos orgánicos, cumple explicar sus efectos.

Los actos del que no siente la vida con exactitud, carecen de la precisión necesaria á la armonía de los seres, y, por consiguiente, son una dificultad á la dicha de los demás. El que, por ejemplo, no tiene materia para amar, fuerza pasional para sentir el amor con toda su potencia y grandeza, dice que el amor es una mentira, y al decir que el amor es una mentira, no hace más que poner obstáculos á la felicidad de los amantes.

Un enfermo de cualquiera enfermedad crónica dirá que la vida es un infierno, y al exponer que la vida es un infierno, dificulta el goce que en la existencia pueden encontrar organismos mejor dispuestos para gozarla.

Y si de los *afectos* de los sentidos, pasamos á los *afectos* de la inteligencia, encontraremos muchos que, incapaces para obrar obedeciendo á sus iniciativas, porque no las tienen, necesitan de una persona que les diga lo que deben hacer, y considerando el mundo á su semejanza, no creerán posible ninguna sociedad sin un centro directivo.

Por otra parte, de la misma manera que una máquina deteriorada no obedece con regularidad los movimientos del maquinista, un mal organismo no obedece con precisión los deseos de la voluntad, porque los músculos no se contraen con exactitud, ni en las medidas de tiempo ni en las de distancia. Ahora bien; cuando estos organismos se ponen á pensar ó á escribir, lo hacen con todas las irregularidades que se observan en una red telefónica después de gran tormenta, porque tormenta y no floja han sufrido aquellos organismos en la vida actual, pródiga en tempestades.

Así vemos una cosa muy singular. Los estetas, y son estetas los que en arte olvidan el fondo por la forma, y en las relaciones con sus semejantes, los detalles insignificantes por el ideal del conjunto, son organismos en extremo defectuosos, que no funcionan con exactitud, ni tienen un concepto aproximado de lo que son y de lo que valen las cosas, las ideas, las personas, la existencia, etc. Sus obras, y no hablo de los artistas particularmente, sino de las generaciones decadentes en general, amargan, desalientan, entristecen, crispan de frío los nervios; cubren los espíritus con el manto de la muerte; hacen del horizonte una planicie monótona y de la humanidad un campo de cadáveres. Si son pintores, pintan lagos helados, montes áridos, jardines sin flores, jóvenes tísicas; y si escriben, sus obras se llamarán *La ciudad muerta*, *Lo*

trágico como ley del mundo. Cenizas (1). ¿Por qué pintan la melancolía? ¿Por qué escriben el pesimismo? Porque están enfermos; porque su vida es una lágrima. Beben sin sed, comen sin gana, andan sin voluntad, duermen sin sueño, y en nada encuentran por qué; este por qué que embellece lo más feo, y alegra lo más triste. Si han de juzgar el mundo, lo juzgan mal, porque lo juzgan por lo que ellos son, y ellos son malos. Por esto en sus obras hay siempre algo de su enfermedad, mejor dicho, hay su enfermedad, y en sus actos, sus desarreglos orgánicos. Los decadentes que no son artistas, dejan también la misma huella por donde pasan: en la familia, en sus relaciones y en el taller.

Ellos, con sus palabras ó con sus hechos, son un veneno moral para sus semejantes.

En otro artículo trataremos el mismo tema, para demostrar una vez más la infinidad de males que se derivan de un mal sistema económico.

DOCTOR BOUDÍN.

EL ORO Y EL DIAMANTE

Rara será la época de nuestra historia en que los mosquitos de la ambición, investidos de alquimistas, brujos de laboratorio y pretendientes de la inmortalidad, no hayan perdido infructuosamente el tiempo tras la soñada *piedra filosofal* ó arte de convertir en oro los metales más bastos y de menos valor relativo.

Cuanto más retrospectiva dirigimos nuestra atención al través de los siglos, tanto más valor concede la pusilánime y febril humanidad á los objetos llamados *preciosos*, más por su escasez y belleza que por su verdadera utilidad.

Desde los tiempos más remotos se conoce el oro, y en todas las épocas fué considerado como el jerarca de los metales por su hermoso color, su extraordinario pulimento, su timbre metálico especial y su prodigiosa inmunidad ante los agentes exteriores. Esto, unido á la escasa generosidad con que la Naturaleza nos le brinda, ha hecho que el oro sea el metal consagrado preferentemente á la fabricación de la moneda de más valor y á los objetos más lujosos con que puede envanecerse nuestra ambición. ¡Desde la endeble sortija de la meretriz más vulgar hasta la pesada corona del emperador más grande!

Hoy por hoy, el oro no tiene transcendentamente otro valor que el que le concede la vanidad. Cualquier metal vale infinitamente más: el hierro, por ejemplo. Desde la reja del arado con que nuestro agricultor surca el suelo para proporcionarnos el pan, hasta los glóbulos sanguíneos que con rigurosa velocidad recorren todo nuestro organismo, figuráos, lectores míos, el inmenso campo en que el hierro representa el papel más importante de la vida, de la mecánica y de la economía en general. Pero el hierro es abundantísimo y fácilmente asequible á nuestras necesidades; lo mismo

(1) Este es el título de una comedia estrenada en Madrid últimamente, cuyo autor se cree el campeón del decadentismo en España. El traductor del presente artículo se ha permitido la libertad de unir *Cenizas* á las obras citadas por el ilustre médico francés, creyendo que *Cenizas*, por su nombre y por su tenencia, es la obra de un cerebro enfermo y esperando que Boudín no tomará á mal nuestro atrevimiento, que solo tiene por objeto dar sabor local al artículo.

lo empleamos en limaduras, que en lingotes, que en utensilios y máquinas de infinitas formas, que en un sinnúmero de sales químicas para aplicaciones terapéuticas é industriales, y esto hace que el hierro sea el metal más útil y económico en toda la esfera humana. Mas si la existencia cuantiosa del hierro fuese de pronto reemplazada por la del oro y viceversa... ¡desventurados de nosotros! ¿Cómo temprar el oro para la fabricación de nuestros instrumentos y utensilios? ¿Cómo darle resistencia y elasticidad para la construcción de muelles, railes, vehículos, calderas de vapor, maquinarias, etc.? ¿Cómo hacerle apto para tonificar nuestra sangre y la savia del mundo vegetal cuando todo organismo rehusa su cooperación? Imposible; la vida se agotaría muy pronto por anemia... por consunción.

El valor del hierro prevalecerá. El del oro irá menguando hasta anonadarse, como el valor de los ídolos.

No ha mucho tiempo se susurraba que un célebre químico parisién del siglo pasado había encontrado el medio de convertir en oro varios metales de los más inferiores, con lo cual se enriqueció considerablemente, y que el procedimiento era claramente explicado por el autor en la cátedra. Es posible, y de no ser verdad, tampoco niego que tal fábula se traduzca algún día en un hecho positivo; pero me sorprende que un descubrimiento tan importante y explicado públicamente no haya tenido transcendencia ni haya podido salir siquiera de aquella cátedra. El día en que esto suceda, el oro tendrá un valor escasamente mayor que el del plomo.

Todo es relativo. El oro, el rey de los metales, es un pigmeo ante el coloso é invulnerable jerarca de las gemas, ¡el diamante! Esa lágrima del sol, tan escasisimamente prodigada, no parece sino el distintivo de los endiosados y de los poderosos. ¡Pocas veces se ve tan satisfecha la vanidad como con un diamante!

El diamante es el cuerpo más duro, más brillante y diáfano de cuantos se conocen; sin embargo, se quiebra y puede reducirse á polvo con suma facilidad. ¿Quién diría que una piedra tan brillante, diáfana y de un poder refringente tan extraordinario, no es otra cosa que una facies ó forma física especial del carbono, del cuerpo más oscuro y opaco que la Naturaleza nos ofrece? Las diferencias esenciales entre uno y otro cuerpo son muy escasas: el carbono pesa menos que el diamante, y éste en cambio tiene menos calor específico que aquél. La fabricación del diamante no puede ser más sencilla aparentemente: todo consiste en concretar el carbono sustrayéndole calor.

El nacimiento del diamante es tan antiguo como el del oro, y parece haber tal comunidad entre ambos jerarcas, que no sólo la vanidad humana los junta, sino que hasta la Naturaleza se complace en asociarlos: frecuentemente se encuentran en los mismos criaderos, como dando á entender que ni el diamante ha nacido sino para engarzarse en el oro, ni el hierro sale de las entrañas de la tierra para engastar diamantes. Pero ¿cuándo el diamante ha merecido tal jerarquía, sin aquiescencia del hierro? He aquí el problema.

Todos sabemos cuánto abunda el carbono en la Naturaleza: es el elemento fundamental de la vida organizada. Cuando el carbono se quema completamente se convierte en un gas llamado *anhídrido carbónico*, y en este estado circula profusamente por todos los ámbitos del mundo, ya asociándose á las rocas calcáreas para formar los mármoles, ya uniéndose al ambiente y al agua de lluvia para redissolver las rocas formadas y acarrearlas á los Océanos, ya prestándose al color verde de las plantas para servir de alimento al mundo vegetal, etc., etc. Cuando los vegetales mueren, sus restos originan en los pantanos depósitos turbáceos; éstos, con el transcurso de los siglos, se

convierten en hulla; más tarde, en antracita; después en grafito, y, por último, la mano del hombre explota la mina para animar los férreos organismos creados por él, ó alguna monstruosa depresión terrestre da paso á una formidable lava volcánica, y entonces la mina de carbón de piedra sufre la combustión para convertirse en anhídrido carbónico. ¿Y el diamante?

Muchos alquimistas y brujos de laboratorio han pretendido cristalizar el carbono: unos procurando la fusión de éste por medio de una corriente eléctrica; pero es tan tenaz el carbono, que apenas se consigue ablandarle; otros han electrolizado diferentes hidrocarburos, como el gas del alumbrado, y han conseguido á lo más obtener un carbón compacto y brillante como el azabache pulimentado, y así por el estilo han malgastado el tiempo no pocos alquimistas. Pero el caso es que la Naturaleza nos le presenta perfectamente cristalizado en octaedros y dodecaedros romboidales, con la particularidad de que sus aristas parecen curvilíneas, como si el carbono hubiera cristalizado por fusión y por una brusca presión. El ejemplo no puede estar más claro.

La calda de un meteorito ó bólido que por incandescencia estalla, deja á veces incrustados en sus angulosos fragmentos cintillos de diamante. ¿Cómo se han formado? ¡Gracias al hierro del bólido! El hierro fundido obra como disolvente del carbono y, al enfriarse aquél, se separa éste, pero, aprisionado por el hierro, cristaliza. De esta manera se forma el diamante en las entrañas de la tierra, donde el hierro y la temperatura obran de consuno. Y de esta manera ha obtenido el diamante el famoso químico parisién M. Moissan.

Dentro de pocos años el diamante tendrá escaso valor. El hierro, en cambio, será siempre un metal precioso: ¡demócrata majestuoso del progreso é iconoclasta de la vanidad efímera!

F. SALAZAR.

CUENTOS DE AMOR

Aquella mañana Juana se levantó más triste que de costumbre. Vistiéndose, habíase preguntado varias veces: ¿veré hoy al amor de mis amores?

En sueños lo veía muy á menudo; aquella misma noche habló con él; pero despierta, sólo cuando era niña, cuando aún no acertaba á comprender el por qué de su triste y persistente mirada, le vió un momento.

¿Dónde estaba ahora? ¿Qué había sido del galán que Juana veía en sus ojos de virgen enamorada? No lo sabía Juana: nadie lo sabía, no sabiéndolo ella.

Vistióse como se visten los jardines en la primavera: todo el mundo sabe cómo se visten los jardines en ese tiempo. Juana no gustaba de perifollos, pero sabía vestirse, y como era bonita y graciosa, nada le faltaba para ser una joven encantadora.

Aquel día, como siempre que la tristeza la dominaba, bajó al jardín de su casa á regar las flores favoritas, y al igual que los días en que regaba las flores favoritas, se dispuso á leer la novela preferida por las jóvenes enamoradas: la que pinta un galán noble, hermoso y valiente; que ame con delirio y que sea digno de ser con delirio amado.

Las páginas que Juana leía retrataban su amante, porque indudablemente el aman-

te de Juana era bueno, atrevido y arrogante como el protagonista de su novela. Si no, ¿cómo iba á quererle?

Cansada Juana de leer y de suspirar, se sentó en un banco, sin que notara la presencia de un papel doblado que encima de él había.

¿Dónde estará mi vida?—se preguntó Juana á los pocos segundos, entre suspiro y suspiro.—¿Por qué no tendré yo quien me ame?—volvió á preguntarse después. Y como nadie respondiese satisfactoriamente á su pregunta, Juana pensó en la muerte. ¡La muerte! He ahí el punto final de todo sér desgraciado. Juana no intentó averiguar si su desgracia era real ó aparente. Se sentía infeliz, ¿y para qué saber más?

Juana cerró los ojos. La idea de la muerte alejóse poco á poco de su cerebro y en él dominó después un recuerdo. Pensaba en el episodio más importante de su vida. La hermosa joven podía pensar ya en un episodio importante, importante para ella; para ti, lector, quizá no lo sea. Tú verás.

Cuando Juana contaba trece Abriles hizo un viaje de Bobadilla á Córdoba, su país natal, en compañía de sus padres. En el mismo coche del tren viajaba un joven de mirada triste, muy triste, quien, al fijarse en Juana, apenas si le quitó los ojos de encima.

¿Por qué me mira tanto?—preguntóse la niña inútilmente—. Su cabecita no podía explicarse el motivo de curiosidad tan agradable. ¿Por qué busco sus ojos con tanto afán y por qué los temo tanto?—se preguntó poco después con el mismo resultado—. Y como la mariposa, fascinada por la luz que la quema, Juana quería mirar al joven y no quería mirarle.

Llegaron á Córdoba. ¡Qué pronto llegaron á Córdoba! Juana arregló sus utensilios de viaje. A su lado tenía dos libros llenos de cromos y una muñeca. Cogió primero los libros y dió la muñeca á su madre en un momento que *nadie* la miraba. En estos detalles no se fijó el joven de mirada triste; asuntos más transcendentales le llamaban la atención en aquel momento.

Primero bajaron del coche los padres de Juana; después ésta. Tan pronto puso los pies en el andén, Juana volvió la cabeza. Por la ventanilla se asomaba el joven, más triste que nunca. ¡Más triste que nunca, y mirando los bajos de las faldas de Juana!

Por la mente de ésta pasó una idea terrible, é instintamente agachóse para que la falda la llegara á los pies como á las jovencitas; pero á los pocos segundos otro pensamiento no menos terrible la hacía levantar de nuevo; no quería que se la tomase por una chiquilla de poca medida. Cuando intentó averiguar si sus acciones diversas habían sido notadas por el joven, se lo encontró cerca, muy cerca, rojo como la grana, y balbuceando palabras incoherentes. Después sonó el pito, el tren se puso en marcha, y á no dudar, el hombre que tan grato recuerdo había dejado en el ánimo de la niña marchóse también.

Juana nada ha sabido de él; ignora quién es; ignora dónde está; lo ignora todo, menos que era muy bello y que *había* de ser muy bueno. Al principio, Juana iba á la estación, sobre todo cuando la pusieron de largo. Los trenes llegaban atestados de viajeros; pero el amor de Juana no llegaba, no llegaba. Ahora tiene dieciocho años y le da vergüenza de pasearse por el andén. Los señoritos viajeros le tiran piropos. ¡Qué fastidiosos son para Juana esos muñecos!

Le queda aún una esperanza. ¿A quién no le queda? Sueña, sueña con encontrárselo un día por un bosque, en un teatro, en una playa, rendido de amor y espléndido

de belleza. Espera Juana un milagro del dios amor. ¿Qué amante no espera un milagro del dios amor?

Juana abre los ojos. Ya no piensa en su episodio importante; piensa en un presente que le recuerda la muerte otra vez.

«El mirlo canta cerca de su nido; el ruiseñor á la vista de su amada. Los pájaros tienen amante y yo no lo tengo. ¿Dónde estará mi galán, dónde estará? ¿Por qué no viene? ¿Por qué no apoya su cabeza en mi seno? ¿Por qué no une sus labios con mis labios?» Y Juana suspiraba, suspiraba siempre. Todo el mundo, menos ella, tenía quien le quisiera; los pájaros, las flores, hasta los patos del lago. ¡Qué bella es la muerte cuando no se tiene á quien amar!

En estos extravíos amorosos estaba Juana, cuando sus manos tropezaron con un diario. Desdoblólo la joven y sus ojos se fijaron en un título que decía: *Cómo se cura el mal de amor*. ¿Quién había colocado el periódico en aquel sitio? ¿Quién había de ser! La madre de Juana. Las madres conocen siempre los males que padecen sus hijos, por mucho que éstos los oculten.

El escrito decía:

«Yo soy poeta; canto el amor. Yo soy hombre; adoro la mujer: el amor y la mujer se fundan en mí. Donde voy, siembro cariño; doquiera que vaya, cosecho amargura. Encarno la tristeza y la alegría; poseo el secreto de la vida y el de la muerte.

Cruelos recuerdos amargan mi vida; bellos presentes la endulzan. He sido criminal muchas veces; no pocas he sido mártir. He herido y me han herido. Por mí padecen almas puras; por otros padece la mía, pura también. Pero mis ojos son más pecadores que todos los ojos: han abierto un capullo, han mirado con amor una crisálida. Quiero reparar mi falta si es reparable; quiero reivindicar mi dignidad de hombre, si es posible.»

«Soy poeta del amor; no tengo patria; soy bohemio de las letras; no tengo idioma; pero soy hombre en todas partes, y en todas partes amo. Amo en la plaza, en el salón, en el teatro, en el buque y en el tren; pero amo las mujeres, no las niñas; las mariposas, no las crisálidas.»

«Un día, ¡qué triste día! Viajaba de Bobadilla á Madrid, y sin saber cuándo ni cómo, mis ojos tropezaron con otros dos grandes y hermosos. Se miraron una vez, dos veces, cien veces; se miraron siempre; el viaje fué una mirada amorosa. Yo estaba triste, muy triste; ignoro la causa; todos estamos tristes sin saber por qué algunas veces. Aquella mirada hablaba el lenguaje del amor, un amor tenue, borroso, indefinido; pero amaba de una manera grata, gratísima. Mis ojos charlaron con aquellos dos ojos amados. ¡Qué de cosas bellas se dijeron! Pero llegamos á Córdoba. En Córdoba terminaba el viaje mi mudo y amoroso platicante, y al ponerse de pie vi que su falda dejaba al descubierto una rodilla monísima, pero... descubierta. Tuve miedo de mi obra, de mí mismo. Había profanado el único altar santo, el único altar respetable: el altar de la inocencia. Temí que el mundo me despreciara y que las musas se burlasen de este pobre poeta. ¿Qué pensaría aquella niña cuando fuese mujer? Esta pregunta me enloquecía, me enloquecía.»

«Bajé del tren; seguí á mi víctima, quería decirle... no sé qué quería decirle. ¿Qué se puede decir á una niña en trance semejante, sin peligro de cometer la falta que se quiere reparar? El jefe de estación dió la señal de salida; el de tren también. Se alejaba el monstruo y mi niña se alejaba. Fui cobarde; opté por el monstruo que sólo

podía destrozar mi cuerpo y abandoné en la mente de aquella criatura un recuerdo cuya extirpación podía destrozarme el alma (1).»

«Para endulzar mi vida, para ver si las presentes líneas tropiezan con aquellos ojos cuyo curazón desperté antes de tiempo, escribí la siguiente receta de amor: Si mis ojos no hicieron estremecer tu corazón, nada tengo que decirte; mas, si despertaron en ti al amor primero, te diré que éste dura eternamente si no se goza. Si me amases aún, sería por eso: porque no habrías podido besar mis labios, ni estrechar mi cuerpo. El amor que se satisface, es amor muerto. El amor borra todos los amores y si quieres borrar el que yo puedo haberte inspirado, ama mucho. Ama hoy, ama mañana, ama siempre. Si me amas es porque no amas; si amaras realmente, no amarías un recuerdo. El amor verdadero no vive de recuerdos, vive de goces presentes. El mirlo que canta hoy, no canta su pasado; canta ante el nido que acaba de construir y en el cual yace su amada. El viento derribó los nidos que fueron. Los ruiseñores que gorjean en la enramada, hacen examen de su voz ante un nuevo jurado; el invierno acabó con sus antiguos amores y ya no se acuerdan de ellos. Si me amas, es porque no amas, es porque no te amas. Si te amaras, no amarías recuerdos, amarías realidades: esto es lo que aman los que aman. El que ama penas, el que sufre por amar, ó el que por amar sufre, es que no sabe amar, es que no puede amar. Le falta el amor de los amores, el amor de sí mismo, el amor á la vida. El que se ama, no ama lo que le hace sufrir. El que ama las lágrimas, lágrimas hace derramar al sér amado. Los que aman no sufren y si sufren no aman. El amor que no es goce, no es amor.»

Juana quedóse silenciosa; se levantó sonriente y aquel día y otro día, siempre tuvo la sonrisa en los labios.

Había concebido un amor grande, inmenso: el amor hacia su persona. Estaba bien dispuesta para amar á los demás y para hacer feliz á quien amase.

FEDERICO URALES.

SECCION LIBRE

LA CONVERSIÓN DE RECAREDO

Créese generalmente, y así pretenden hacerlo pasar los infusos historiadores ultramontanos, falseando, con singular frescura, la esencia de los hechos históricos é inventando fábulas absurdas, que la *conversión* de Recaredo del *arrianismo* al *catolicismo*, fué obra de Dios y de San Leandro; pero por más que se afanen en ocultar la verdad, llenando la Historia de tinieblas y desfigurando los sucesos que determinaron tan famosa conversión, lo cierto es que Recaredo abjuró sus *creencias arrianas*—si es que las tuvo—influído y obligado por altas razones de Estado.

Determinaba la *Constitución visigoda*, vigente en la época de que nos venimos ocu-

(1) Siempre que uso la palabra alma, le doy el significado de conjunto sensitivo.

pando, que los reyes debían ser elegidos libremente por el pueblo; y Recaredo, sin llenar este importante requisito de la ley fundamental goda, ni haber sido ésta previamente derogada, subió al trono, asociado por su padre.

Cierto es que no faltaban algunos ejemplos de tal modo de suceder en la corona; pero lo es más que éstos eran muy raros y considerados siempre como excepciones de la ley fundamental, y muchísimo más cierto que el despótico reinado de Leovigildo, no era una recomendación á propósito para preparar favorablemente el reinado de su hijo Recaredo.

Comprendiéndolo así el astuto Recaredo, bien asesorado, no ignorando la gran influencia que la religión tuvo siempre sobre los pueblos bárbaros, y observando, además, que la religión católica era la predominante entre los naturales de esta Península, muy superiores en número é ilustración á los godos arrianos, teniendo presente lo que en sazón pareciera hiciera el emperador Constantino, decidióse á imitar al romano César, protector del cristianismo, no solamente en su conversión, si que también en el encumbramiento de la potestad episcopal, llegando á subordinar á la autoridad eclesiástico-católica todo el poder judicial de los magistrados civiles, declarando *santos é irrevocables todos los juicios de los obispos é infalibles todos los testimonios clericales*, porque, á su regio juicio y copiando en todo lo que Constantino hizo sentar como ley incontrovertible en el famoso *Código Teodosiano*, Recaredo creía ó suponía creer *firmeramente que lo que dice un hombre sacrosanto (un obispo), no podía dejar de ser verdadero...*

El clero católico supo aprovecharse grandemente de la situación excepcional en que á la sazón se hallara colocado Recaredo, y á cambio de garantizar con su celestial apoyo y apostólica unción, la legitimidad del poder ejercido por un monarca anti-constitucional é intruso, los señores obispos católicos elevaron desproporcionadamente el nivel social de su preponderante y omnimoda autoridad, todo lo avasallaban, en todo se entrometían y nada ni nadie se movía en el reino sin el previo consentimiento de los prelados.

La teocracia católica, encumbrada sobre el desprestigio y la ruina del arrianismo, fué complaciente con las demasías de Recaredo, su gran protector, ayudó en sus planes de ambición al émulo godo del romano Constantino, y al propio tiempo hizo grandes progresos en su poderío y autoridad; y tales fueron la avaricia y el desenfreno de los prelados, que á todo se atrevieron, proclamando la santidad infalible de sus concilios y la irrevocabilidad de sus fallos profanos ó religiosos.

Recaredo necesitaba legitimar su situación ilegal, y para ello juzgó necesario seguir otra conducta que la observada por su padre, penetrado bien, como lo estaba, de que de otra guisa le hubiera sido imposible conservarse en el trono.

El modo mejor de conseguir su propósito de réinar tranquilo, aun reinando ilegalmente, era convertirse, resuelta y *fervorosamente*, al catolicismo, y así lo hizo, declarándose partidario y protector decidido de los sectarios del *Cristo-Dios* y dejando á los obispos hacer su santa voluntad, hasta lograr en España la extirpación total del arrianismo.

Merced á esto la intolerancia católica se impuso en esta desgraciada Península. —«Quien no crea que Cristo es el mismo Dios, tercera Persona de la Santísima Trinidad, que muera, por impío y hereje.» Tal fué el grito de guerra exhalado por los sostenedores de un monarca ilegal, colocado en el trono de la nación sin previo consentimiento plebiscitario del pueblo godo.

Y á este grito sacrilego, á este grito humanicida, que llenó de sangre el suelo de

la nación; á este grito infame, que tantas víctimas produjo en el curso de los tiempos, debe el catolicismo su preponderancia y arraigo en esta degradingada Península.

No triunfó el catolicismo sobre el arrianismo por su dulzura y por su tolerancia; triunfó por su crueldad y criminal intransigencia.

Los que hoy hablan de legalidades dinásticas, los que quieren anonadarnos, suponiendo que no hay otro rey ni otro Roque que *legitimamente* pueda y deba sentarse en el trono de España que el infausto Don Carlos VII de Borbón, todos católicos fervientes, no deberían ignorar que el triunfo del catolicismo en esta Península infortunada, recuerda una miserable transgresión de la ley, el sostenimiento en el trono de la España gótica de un rey anticonstitucional é ilegítimo.

La conversión de Recaredo al catolicismo no fué, como acabamos de ver, la obra milagrosa, inspirada por el Todopoderoso, sino el plan, friamente calculado, de un rey que á todo trance deseaba mantenerse en el trono de España, á espaldas de la ley fundamental del Estado y contra la voluntad soberana del pueblo godo.

Por lo demás, el astuto Recaredo abrazó la fe católica con el mismo fementido entusiasmo y fingida piedad, que al presente lo harían el emperador de la China ó el gran Turco, si así lo exigieran las circunstancias, á fin de continuar dominando á sus pueblos respectivos.

Los reyes, por regla general, no tienen más voluntad propia que la conveniencia, ni otra fe religiosa ó política, que la de eternizarse en sus tronos, aun á trueque de pasar por las más extrañas transfiguraciones.

Viven en pleno Tabor; y el sorprendente *mimetismo* regio, la gran prudencia de los reyes, consiste, casi exclusivamente, en saber amoldarse á las circunstancias con la misma facilidad que se adaptan los líquidos á las formas de la vasija que los contiene. Lo mismo les importa del *Korán*, que de la *Biblia* ó de los *Vedas*; reinando sirven á todos los Dioses, y por reinar, juran todas las Constituciones.

Afortunadamente, hoy día que la llamada *lista civil* ha producido el portentoso milagro de que los reyes, por la fuerza de la *nómina*, sean de las naciones, pero no las naciones de los reyes, todos conocemos á ciencia cierta el valor efectivo de las continuas apostasias regias.

La gran política que determinó la conversión de Recaredo al catolicismo, es la misma que ha producido todas las grandes apostasias de los reyes á través de los siglos históricos.

Conservarse en el trono, seguir dominando á los hombres, aun haciendo traición á la propia conciencia; jesa, esa es, ha sido y será eternamente la gran razón que produzca en el mundo actos de tan transcendentales consecuencias sociales como el de la conversión al catolicismo del astuto Recaredo!...

Queda, pues, demostrado una vez más: la religión es la amplia capa bajo cuyos pliegues se solapan los príncipes y se encubren las más antisociales infamias...

DONATO LUBEN.

EL MATRIMONIO

Los católicos del Congreso de Burgos, tratando del matrimonio civil, han dicho que «probado está que la separación de las leyes de la Iglesia envilece el matrimonio,

degrada la familia, y por este camino se llegaría pronto al llamado *amor libre*, que pregonan no pocos autores moralmente degradados».

Yo no sé hasta qué punto tendrán razón aquellos señores congresistas al hacer tales afirmaciones; lo que sí sé por la práctica, que en este asunto, como en muchos otros, es preferible á la teoría, que de antes de que se decretara en el Estado español, pongamos por ejemplo, el matrimonio civil, existían ya *matrimonios envilecidos y familias degradadas*, sin que, desgraciadamente, hayamos podido tener como *legal* el amor libre, sino por otra causa, para evitar que se burlara la ley que tantas veces se burla.

Un hecho reciente nos demuestra que ni con el matrimonio canónico deja de degradarse la familia ni se necesita el civil para envilecerse el matrimonio.

La ejecución verificada últimamente en Cervera, pueblo de la provincia de Logroño, ejecución la más repugnante que existe desde que en los códigos de naciones católicas se estableció como justiciero el derecho de matar, prueba que los que no queremos trabas en los sentimientos por considerarlos ilegislables, somos, no solamente lógicos cuando evitamos un mal, sino altamente morales, ya que al arrancar la causa del mal, suprimimos los ejemplos perniciosos y que influyen en que sea cruel el sér humano.

La ejecución obedeció á un crimen anterior, en el cual, una esposa, quizá desgraciada, *sin duda alguna dueña de sus sentimientos*, con perfecto derecho ama á un hombre; pero como hay un marido por medio, idea ella y su amante quitar estorbos á su dicha, y lo matan. Este matrimonio, sin temor de equivocarme, puedo decir que fué canónico, y si por una casualidad en que no creo, no lo fuera, sería civil; pero siempre matrimonio. Por lo que puedo contestar á los congresistas católicos de Burgos, que su tan alabado matrimonio canónico también está envilecido, también degrada la familia, y nada tiene que recriminar á los que propagan el amor libre. Con éste, por de pronto, se evitaría el crimen, puesto que no habría marido que estorbara; después, la *mano ensangrentada de la justicia*, no habría de intervenir para vengar ofensas que no recibió. Y saldríamos ganando todos.

Antes de que se escribiera *Calisto y Melibea*; antes de que Fr. Luis de León pensara en refundir un sinnúmero de consejos en su *Perfecta casada*; antes que Cervantes ideara *El curioso impertinente*; antes que Quevedo satirizara el matrimonio, porque es gloria de medio mundo y burla del otro medio, atendiendo á que todo cuanto se escribe es propio de la época en que se vive, la sociedad conyugal se dealizaba ya monótona y negligente como si sostuviera un peso enorme encima, que las generaciones pasadas cargaran sobre la humanidad, como si los arcanos de la Naturaleza y del corazón tuvieran de estar sujetos á los de una metafísica que está más allá de los secretos de la existencia humana.

Puede encauzarse la corriente de un río; pero así como no puede apagarse cuando se enciende la chispa del rayo en la entraña caliente de la nube, tampoco puede cohibirse el amor, porque es algo que brota espontáneo, libre, en los seres humanos, que no admite ni cadenas que lo esclavicen, ni lazos que lo subyuguen, pues si no puede demostrarse á la luz del sol, lo hará valiéndose de la obscuridad de la noche y atropellará por todo hasta satisfacerse. Nada tan indómito en la Naturaleza como este sentimiento.

Además, el matrimonio no constituye ningún estado de gracia, ni es virtud siquiera. Hasta aquí, la inmensa mayoría de la gente se ha casado por costumbre, por

aquello de formar un hogar propio, donde el hombre tantas veces es un tirano y pocas un compañero cariñoso y leal.

El matrimonio sirve también de refugio á los gastados por una juventud borrascosa, pasando entonces á ser «el cuartel de inválidos», como dice muy bien Sardou en el *Divorciémonos*.

El temperamento, la diversidad de gustos, diferente modo de apreciar las cosas, pueden ser causa en los matrimonios de disgustos que acaban con el cariño que se profesaran.

Sabido es que la Naturaleza es variable, y el amor, que es esencialmente natural, puede serlo también. Si el sér es libre, ama á quien le parece digno de su estimación, ó á quien mejor le cuadre; si no lo es, sobrevendrán forzosamente dramas como el del *Nudo Gordiano*, que concluyen con un pistoletazo. ¿Son morales estos ejemplos? Que lo digan los congresistas católicos de Burgos, que como buenos católicos, son intransigentes hasta con la lógica de los hechos, y en vez de buscar argumentos, emplean insultos.

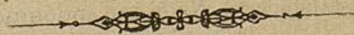
«La verdad es lo que es», ha dicho San Agustín, y no por nuestro gusto van á cambiarse las cosas.

El matrimonio, sea civil, sea canónico, ó ambas cosas á la vez, puede ser un obstáculo á la libertad del amor, y como el amor no admite obstáculos que le priven la satisfacción de su *querer*, los arrollará, burlándose de ellos. El preso que brega por escapar de su cárcel, ni cumple con un deber, ni incurre en moral delito; cumple con su naturaleza: en el propio caso que el preso, con relación á su libertad, están todas las personas con relación á su dicha, la cual es para ellas la ecuación de su naturaleza y su existencia. Y si esto no puede considerarse bueno en el orden moral existente, es bueno en el orden natural, y contando con que la moral sea la facultad que trata de las acciones humanas, en orden á su bondad y malicia como definen algunos moralistas cristianos, en moral y todo. Inútil afirmar por mi parte que encuentro moral y muy moral, la satisfacción de todas las necesidades, sean ellas de la índole que se quiera.

Sé muy bien que para aquellos señores que no ven más allá de las narices de los Aristóteles, de los Solón, de los Juvenal, de los Catón, etc., etc., las ideas expuestas en este artículo no serán siquiera calificadas de epicureistas ni voltarianas, haciendo favor á estos dos filósofos, sino sencillamente de inocentadas que salen de una mollera como la mía, indigna de discutir, *porque no estoy en el caso de comprenderle*, con el señor Alas, que así se llama el *Clarín guerrero que nos llama á la lid* de Oviedo, que cuando no sabe cómo salir del paso, tiene adoptado el sistema de llamar tontos á los otros.

Pero sé también, y no es mucho saber, puesto que lo sabe todo el mundo, que el matrimonio es efecto de la autoridad que allá en sus principios empezó por el patriarcado, pasando después por diversas fases y que concluirá por disolverse en la sociedad del porvenir.

SOLEDAD GUSTAVO.



LA PROPIEDAD ⁽¹⁾

La propiedad es un robo.

PROUDHON.

Afirman los sabios oficiales, habladores sofistas cuya argumentación es asaz abundante, pero exenta de lógica, que la propiedad y su origen no es más que la resultante del *esfuerzo superior y la previsión*.

De este modo se pretende legitimar la propiedad individual; pero como los hechos son más difíciles de manejar que las palabras, viene la verdad descarnada y fría con su amplio espíritu de observación y de análisis, y deja la sofisticada labor de los economistas agarbanzados, reducida á un informe montón de frases huecas, sin ningún valor positivo en la realidad científica.

El derecho, según definición oficial, «es colección de preceptos y reglas á que están sometidos todos los hombres en toda sociedad civil, y á cuya observancia pueden ser impelidos por la fuerza».

Sobre estas teorías jurídicas, descansa el edificio social, y de esta legislación sangrienta que dictaran los romanos, aún quedan huellas profundas en nuestros códigos.

«Decir que toda ley, por sólo ser formada, es ley y obligatoria, es arruinar los fundamentos de la moral, es contradecir el sentido común, es borrar la Historia, es mentir á la humanidad, es proclamar la tiranía, es legitimar el crimen.

»Cuando las leyes son injustas no obligan en el fuero de la conciencia; y las leyes son injustas por uno cualquiera de los motivos siguientes: cuando son contrarias al bien común, ó cuando no se dirigen á este bien» (2).

Y es de todo punto imposible, que un sistema legal establecido hace muchos siglos, responda á las necesidades jurídicas del presente. Las bases económicas que informaran el Derecho Romano, son del todo opuestas al sacratísimo derecho natural.

La génesis de la propiedad fué la fuerza, la audacia, la explotación de los esclavos; jamás el trabajo personal, que cree indigno, degradante, y entonces el Estado, fiel mandatario de la clase poseyente, tuvo necesidad de crear un Derecho férreo, humanicida, para evitar que por los mismos procedimientos los expoliados volvieran á ser dueños después.

Definieron los legisladores romanos el derecho de propiedad, le dieron carácter jurídico y establecieron una sanción penal contra sus conculcadores; y, ¿quién, fuera de aquellos que están interesados en que este régimen social subsista, puede afirmar hoy la justicia de la propiedad privada?...

¡El esfuerzo superior! ¡La previsión!... ¡Qué sarcasmo!...

Podíamos preguntarnos con Necker: «¿Está escrito en el cielo vuestro derecho de propiedad? ¿Habéis traído vuestra tierra, vuestras máquinas y vuestro dinero de algún planeta vecino? ¿Qué fuerza tenéis que de la sociedad no os venga?» Vosotros sois, pues, los favorecidos por el derecho escrito; mas este derecho, no es del todo conforme con la justicia; pues vuestro capital está amasado, no sólo con el trabajo presente, sino por la cooperación social de las generaciones, cuyo producto os otorgan la leyes, os concede el Estado.

Y es que el Derecho de propiedad, no se cuida de la legitimidad de origen, sino

(1) Del libro en preparación *Los grandes sofismas*.

(2) Balmes.

de la prioridad de la posesión. Es la consagración de los hechos consumados, ó sea lo que los legisladores han dado en llamar *derechos adquiridos*, queriendo de este modo dar carácter legal á la expoliación pasada, con el velo de las prescripciones jurídicas.

La concepción histórica del Estado es absurda: es la resultante de la propiedad individual. La lucha de clases gira en torno del Estado, quien defiende el privilegio de la clase poseedora enfrente de la clase desposeída.

Por eso el Estado y la propiedad viven íntimamente unidos, y el Estado en su categoría económica, en la condición jurídica, no es otra cosa que el baluarte firmísimo de los señores de la tierra...

Sólo así se concibe con cuánta razón pudo exclamar Luis XIV: «El Estado soy yo.» Cuartéese, derribese y se habrá producido honda subversión en el *statu quo*.

Abolida la propiedad individual, cesan los privilegios, termina la lucha de clases, y en este punto el Estado no tiene misión alguna que cumplir.

La propiedad, que no está en armonía con lo que dicta la justicia, que no se eleva sobre la base del trabajo y del bien, lleva en su propio seno el germen de su disolución.

La tan pretendida productividad del capital, no es más que la positiva productividad del trabajo...

¡Cuán cierto es que el socialismo ha venido á echar las bases de una nueva moral social!

ARIETE.

Santander.

EL TIEMPO ES ORO

Así dicen los ingleses, compendiando, con tal afirmación, el proceso del futuro sistema económico. Les faltó añadir que *es oro el tiempo empleado útilmente*, porque un tiempo disipado, un tiempo transcurrido sin producción física ó intelectual, es cosa sin valor, dinero lanzado al fondo de un abismo.

Es oro el tiempo, porque, sin emplearlo, nada se coge, produce, ni disfruta.

Es oro el tiempo, porque la cantidad que de él se gasta, da valor á los objetos.

Y es oro el tiempo ó signo de cambio, el más justo y verdadero, porque, invertido en provecho individual ó social, origina las riquezas.

Signo de cambio grande, sublime, generoso; signo de cambio equitativo por lo igualitario; signo de cambio, en fin, llamado á suprimir el desnivel de los valores, dejando uno solo para todas las cosas: el de su necesidad.

Como todos poseemos tiempo, todos poseemos la fábrica de hacer moneda; todos podemos ser ricos.

Riqueza es la suma de esfuerzos y productos elaborados por las generaciones anteriores y los espontáneos de la Naturaleza, que adquieren valor por el tiempo invertido en cogerlos.

Lo que, sin esfuerzo, tenemos á la mano, nada vale, porque nada cuesta.

Al pie de un árbol, sin dueño, cuyos frutos madurados caen de las ramas, saciamos el apetito gratuitamente.

Á la orilla del río, nada nos cuesta beber.

El aire atmosférico, lo respiramos sin dinero.

La luz solar, nos vivifica de balde.

Porque aquellos frutos, agua, aire y luz, son tan abundantísimos, que no exigen gasto de tiempo para obtenerlos, aunque, sin su disfrute, no viviríamos; aquellas cosas carecen de valor por haberlas sobrantes; mas ¡ay! si llegan á escasear, ¿quién tasaría el valor de medio litro de agua, sin haber otra, entre mil sedientos repletos de dinero; el de unos cuantos litros de aire entre esa misma gente, que estuviera asfixiándose dentro de un local cerrado; el de algunos frutos, hallándose hambrientos, y el de los rayos del sol, al encontrarse yertos de frío?

Ahora bien; ¡qué dicha, si pudiésemos lograr que el alimento, vestido, calzado, morada, locomoción, recreo y pan intelectual, fuesen gratuitos, sin costo alguno, sin faltarles á nadie, y tan abundosos siempre, como los necesitara cada individuo y toda la humanidad!

Parécenos bien sencillo: aprovechando todos el tiempo, haciendo de éste el único signo de cambio; negando valor á las cosas, que no deben tener otro que el de su necesidad; es decir, suprimiendo el dinero y la propiedad individual de la tierra.

Que sobre de todo, sin que se pudra. Que todos gasten y consuman, sin despilfarro. Que se produzcan riquezas necesarias, y no fútiles.

El terreno, la industria, el arte, la ciencia y el cambio, todo gratuito, todo de balde, como el aire y la luz. En una palabra: los medios de producir y consumir, iguales y al alcance de todos.

El trabajo ó tiempo empleado útilmente, es la mina de oro inagotable, el manantial de donde fluyen cuantas riquezas pueden necesitar los que viven; á condición, sólo, de que todos produzcan; á condición, sólo, de que ese trabajo, libre de tutelas, leyes y gobiernos, sea amado por la humanidad, al convertirlo en ameno, dulce y provechoso, tanto para cada persona, como para todas.

Un holgazán, roba á sí mismo y á los otros.

Un parásito ó explotador, es un cáncer social.

Fuera, pues, los ladrones del tiempo ajeno y los derrochadores del suyo. El que no se ocupa útilmente, no tiene derecho á vivir.

¿Sabéis, compañeros trabajadores, cómo se resuelve ese gran problema? De la manera más fácil y elocuente. Haciendo el vacío en torno de las clases directoras. No trabajando para ellas. No sirviéndolas de criados. Yendo al paro ó huelga general de unos cuantos días, los suficientes para librar la batalla de los estómagos, única que, verdaderamente, nos traerá la emancipación.

JOSÉ LÓPEZ MONTENEGRO.

TRIBUNA DEL OBRERO

EDUCACION É INSTRUCCION

Confúndense algunas veces ambas voces, sin embargo de expresar ideas diferentes. Así oímos llamar indistintamente educado ó instruido al hombre que habla y escribe correctamente.

Conviene, á pesar de haberlo dilucidado ya varios pedagogos, dar á cada término su verdadero valor.

Un hombre instruído, no es un hombre educado, y, sin embargo, un hombre educado, es forzosamente instruído.

Esto, que parece una anomalía, se explica fácilmente, teniendo en cuenta lo que voy á exponer.

La educación abarca el hombre por completo. Su esfera de acción comprende así la parte física como la psíquica, ó dicho en términos más comprensibles, comprende la parte material y la parte vital, que acostumbramos á llamar espíritu.

No así la instrucción. Esta ciñe su acción á una sola parte del hombre: la potencia intelectual, parte que es también abarcada por la educación.

Esto explica el *por qué* un hombre puede ser instruído y no puede ser educado; puede saber mucho, profundizar alguna ciencia, y, sin embargo, ser de complexión enclenque, de sentimientos perversos é incultos y de voluntad irresoluta, perezosa, etcétera.

Explica también el *por qué* un hombre educado es á la par instruído. La educación abarca el hombre por completo; abarca por ende lo que es objeto exclusivo de la educación.

Hay, como se colige de lo dicho, íntima concesión entre la educación é instrucción; ésta, podríamos decir que es una parte de aquélla; parte cuidada con predilección, muchas veces con exceso.

Así sucede en la mayoría de las escuelas españolas: es la instrucción objeto de solícitos cuidados, y mientras tanto se descuida la educación.

Saben los niños leer, escribir, cantar, etc., etc.; pero miradles, fijaos en su cuerpo y les veréis raquíticos y no hallaréis en sus rostros los frescos colores de la juventud; perdida la alegría, parecen viejos en vez de niños, reconociendo esto por causa la falta de atención á la parte física, mientras se atiende demasiado á la parte intelectual.

Y les oiréis recitar como papagayos máximas morales, con el contraste de estar practicando lo contrario de lo que prescriben las máximas que recitan. Y es que no se les interesa el corazón; no sienten lo que dicen.

La norma del maestro verdad, á mi entender, ha de ser ésta: hacer del niño un hombre completo, siguiendo en un todo las leyes que la Naturaleza claramente señala.

No tender á hacer sabios, sino hombres; porque al que tenga en su sér los gérmenes del genio, le bastará la excitación de la educación para que el embrión se manifieste con todo esplendor.

FRANCISCO NAVÉS.

ENTRE JARAS Y BREZOS

DUDAS Y TEMORES

II

Pedro siguió paseando todas las tardes y las noches por la calle en que vivía Elisa, y los jóvenes comenzaron á comprenderse por el lenguaje mudo, pero elocuente de los ojos. Buscaban una ocasión de poderse hablar y decirse lo que mutuamente sentían; pero él no se atrevía á pararse en la puerta de su amada; no llegaba á tanto su osadía. El primero y verdadero amor, es tímido y medroso.

Cierta noche de verano, en que la luna lanzaba sus pálidos resplandores sobre la tierra, pudieron verse y hablarse y estar juntos.

Elisa, que desde hacía tiempo le preparaba el terreno á su amante, concurrió á un baile que las jóvenes habían improvisado en su misma calle.

El que no haya visto estos bailes de aldeas y de pequeños pueblos, no puede formarse una idea de ellos y de la felicidad y la libertad que se respira en ellos,

alejados por completo de la política, del resto del mundo, de la concurrencia y la civilización, si se quiere. De la civilización hemos dicho, sí; de esta civilización nuestra que exige de nosotros una cortesía y una etiqueta pusilánimes, obligándonos a manifestar con la más refinada hipocresía lo que no sentimos en el fondo del corazón, sustituyendo lo real y verdadero por lo falso y ficticio, y quitando de nuestra vida todos los encantos de la poesía natural, la tranquilidad del espíritu y la paz del alma.

En los bailes aristocráticos, por encima de la conciencia, de la virtud y la honradez, de lo grande y de lo bello, de lo noble y lo bueno, flotando en el espacio y dominándolo todo, sin reparar en el medio, hay un demonio que todo lo afea y lo corrompe quitándole el brillo a la inocencia: el demonio de la moda.

Dama ricamente ataviada, enseñorease por espléndido salón adornado de oro y sedas, atrayendo sobre sí todas las miradas é incitando á adornarse con las más ricas prendas para deslumbrar, aunque al siguiente día, despojada de aquellos atavíos, se mire en la prosaica y triste realidad con todos sus vicios y defectos. Pero el mundo gusta de esto y mira y distingue más el hábito que el monje.

Nada le importa que, bajo una buena capa, se oculten los más feos y repugnantes vicios, con tal de que la capa sea buena. Así ha podido decir muy elocuentemente cierto insigne orador y escritor nuestro: «Bienaventurados los pueblos desnudos, porque ellos se verán libres del demonio de la moda.» Y bienaventurado era el pueblo de M. en medio de su desnudez, reuniéndose para cantar y divertirse en las apacibles noches de estío, después de haber terminado las faenas del día, en medio de la vía pública, sin que autoridad alguna se lo prohibiese.

En una de estas diversiones, todo encanto y todo poesía, en que no se conoce la envidia, donde las jóvenes visten al mismo estilo todas, sin galas que las deslumbren y sin pintura ni almízele que transforme el color natural del rostro, fué donde Pedro, al fin, pudo declarar de palabra á Elisa el amor que sentía por ella.

El baile estaba formado por un corro numeroso de jóvenes de ambos sexos, entre los que había varias viejas y viejos, padres y abuelos, sin duda, de aquella juventud que comenzaba á vivir y amar.

La bella Elisa, requerida de amores por varios jóvenes amigos de Pedro, había sido invitada á bailar; pero ella no había accedido á ello; esperaba á que el joven de sus sueños la invitara.

Y así, cuando el joven se acercó á ella y con el acento más tierno y amoroso la invitó á bailar con él, no pudo negarse á ello, y la pareja ocupó el centro del corro, donde bailaron al compás de la guitarra tres seguidillas seguidas.

Desde aquella noche se juraron eterno amor; pero los jóvenes amantes, en medio de su felicidad de ser correspondidos el uno del otro, ignoraban que nunca la dicha es completa y que, para ser feliz y saber estimar bien la dicha, es preciso haber sufrido antes.

Únicamente faltaba para completar su felicidad el consentimiento de sus padres, indispensable siempre entre familias bien educadas en esta sociedad egoísta, que á veces, á veces, mata en flor las más risueñas ilusiones de la juventud, que siente y ama y no calcula.

Aquella noche, cuando Pedro se retiró á su casa, después de haber acompañado á Elisa hasta su misma puerta, se lo contó todo á su madre, la cual no se mostró muy gustosa con que su hijo siguiera aquellas relaciones, aunque le simpatizaba Elisa, y además, era un partido ventajoso; pero había una dificultad: no contaban con el consentimiento del padre de Elisa, y la madre objetó que su padre la tenía reservada para casarla con un pariente que estaba estudiando la carrera de médico.

Aquella revelación, que el joven ignoraba, pasó como una corriente eléctrica por todo su cuerpo, y sus ojos se nublaron.

La idea, la desconfianza de si la joven lo había engañado, le asaltaba, y los celos comenzaban á germinar en él, torturando su corazón.

—Pero no—se decía—, no; eso no puede ser; ella me ha dicho que me quiere desde hace mucho tiempo, y que yo, y solamente yo, seré su esposo; y, además, he notado que con ningún otro ha querido bailar nada más que conmigo, y aunque su padre se

oponga á nuestra unión, amándome, como creo, como no dudo que me ama, será mía, mía, y solamente mía—repetía el joven en medio de su febril exaltación.

—Tranquilízate, hijo mío, y mira bien lo que dices—le decía su madre—. El padre de Elisa estoy segura que se opondrá. Nuestra pobre hacienda, con lo que honradamente vamos pasando, no iguala ni con mucho á la suya, que tiene encinares y pías de ganados, y... ambición de tener más. Y oponiéndose él, eso no puede ser; busca otra que te ame y que no encuentres dificultad alguna.

—Pero si ella me ha dicho que me ama.

—Y aunque ella te ame, en no queriéndote su padre, no puedes casarte con ella, puesto que él puede disponer de su hija.

—Sí, es verdad; puede disponer de ella como padre; pero no puede disponer de su corazón.

Ante la irrefutable lógica de este argumento sencillo, la buena mujer desistió de persuadir á su hijo, convencida de que no adelantaría nada, y dijo:

—En fin, hijo, haz lo que quieras.

Así terminó el diálogo entre madre é hijo por aquella noche.

AURELIO MUÑIZ.

¿DE DÓNDE PROVIENE EL CRIMEN?

A mi parecer, los crímenes son efectos de estas tres causas: la ignorancia, la llamada justicia y la riqueza mal distribuída. De las dos terceras partes de los crímenes, son responsables el jesuitismo y los gobiernos; de la otra parte que queda, es responsable la sociedad entera. ¿Qué se puede esperar del hombre que desde que nace vegeta envuelto en las tinieblas de la ignorancia, al que cohíben por completo sus pasiones y prohíben que tome parte en el banquete social?

Este sufrimiento continuo es causa de que en un momento dado el individuo, extraviado, loco, presa de un arrebató de su sistema nervioso, empuñe el arma homicida para descargarla muchas veces contra el explotador de su sudor ó contra el seductor de su mujer, hermana ó hija, contra un sér, quizá más criminal que él. Los amañes de esta sociedad cruel producen un número espantoso de crímenes. Esa ley repugnante que sanciona la pena de muerte, ese crimen que llaman legal, es el verdadero asesinato llevado á cabo con fría premeditación, alevosía, ensañamiento y todas las agravantes señaladas en los códigos. El hombre no tiene derecho á condenar al hombre; no puede quitarle aquello que no le ha dado—la vida—, que es obra de la Naturaleza, y por tanto, sólo ésta puede quitársela.

La sociedad niega su apoyo al individuo, arrojándolo en los abismos de la desesperación; lo abandona en los momentos supremos en que más falta le hace su apoyo, no buscando atajar las causas del crimen, prevenirse contra ellas, evitarlas, sino atacar los efectos. Su sistema de castigar es, además de infame, absurdo. La cárcel, el presidio y el garrote son impotentes para curar la enfermedad que se llama crimen. Mucho hace que se vienen empleando, sin otro resultado que la multiplicación de los actos sangrientos.

Un solo medio hay de cortar el mal por la raíz: la transformación de la sociedad actual en otra sociedad mejor. Mientras veáis á millares de hombres y de mujeres sumidos en la más espantosa miseria, sólo veréis á los unos en el crimen y á las otras en la prostitución. Os llamáis salvadores de la humanidad, y lleváis al hombre á la cárcel y al patíbulo, y á la mujer al lupanar y al hospital.

Que la humanidad comprenda que lo que hace falta no son jueces, ni patíbulos, para castigar, sino almas elevadas que procuren exterminar las causas del crimen, dando á cada sér humano todo aquello de que hoy está privado por el latrocinio de los que pretenden regenerarlo con penas y castigos.

J. CLARÓS.

MADRID.—Imprenta de Antonio Marzo, Pozas, 12.